

UNA OBRA CLÁSICA DE EMILIO LORENZO

MARCO HISTORIOGRÁFICO, CONTENIDOS, METODOLOGÍA

(2)¹

II

LA ATENCIÓN CRÍTICA

0-1

Una vez creado el contexto del libro analizado (véase, entrega anterior, I, PRELIMINARES), conviene presentar el máximo de información posible en torno a reseñas y similares sobre dicho volumen. Ello nos ayudará a entender el ritmo ascendente en la evolución, no solo cuantitativa, de la obra que nos ocupa. El observar cómo ha sido recibida, en el medio científico, en sucesivas ediciones nos servirá, digo, para mejor calibrar la atención que, paralelamente, el propio autor ha ido prestando a tan sustancioso haz de trabajos dispersos, pero no ajenos, bien trabados ahora en la reciente cuarta edición (1994) en un grueso volumen. En la presentación del material informativo voy a intentar una ordenación que nos lleve de las notas más «protocolarias», o de mera constancia de la obra, hasta las que ya son portadoras de observaciones a cuestiones específicas y a valoraciones que engarzan con ese plano concreto de los hechos comentados. Sin duda, captado por el lector el orden sugerido, podrá pensar en reajustes internos en tal escalonamiento, pero téngase en cuenta que las categorías puras son realidades de ficción y que los buenos propósitos de dominio sobre materiales tan escurridizos sufrirán inevitablemente el desgaste de las dificultades sobre la marcha (reseñas a mitad de camino, recensiones que admiten más de una lectura, etc.). Pero queda todavía algo por decir..

0-2

He reflexionado bastante sobre si convenía limitarse meramente a dar la ficha de las reseñas y similares, si reproducir los párrafos generales (es decir, aquellos en los que no hay observaciones concretas, tenidas ya en cuenta por nuestro autor en sucesivas ediciones) o si trasladar el texto íntegro de esos comentarios. Me he decidido finalmente más bien por esto último. Dos son

¹ La primera entrega de esta serie se publicó en *Archivum* [Universidad de Oviedo], XLI-XLII/1991-92, págs. 391-401.

las razones: *a)* una cosa es que el autor del libro tenga en cuenta equis observaciones (tras sintetizarlas, etc.) y otra, muy distinta, «dejarlas hablar», esto es, mostrarse en forma viva con sus propios mecanismos de argumentación o con el tono personal en la presentación de los hechos: los matices no son algo secundario (aparte, claro está, la oportunidad de que el lector de ahora pueda verlos —los hechos con su metalenguaje— por sí mismo, sin intermediación, síntesis o presentación escueta de un pensamiento); *b)* el mero hecho de presentar juntas, y en concierto, reseñas que en su momento aparecieron cada una por su lado les da otra dimensión a los datos contenidos: surge un nuevo significado, «estructural», que, sin duda, proyectará otras luces, historiográficamente hablando, sobre el libro comentado y, al mismo tiempo, sobre la propia naturaleza de los trabajos de información y crítica. Ganamos, pues, todos: autor de la obra (pensando en posible nueva edición), lectores actuales y los dueños de esos comentarios, porque, aunque estos no estuviesen hoy día de acuerdo, pasado tanto tiempo, con todo lo que dicen en las reseñas, ello no importaría, pues aceptamos de antemano, como cuestión metodológica esencial, la idea práctica de la «caducidad relativa» de un punto de vista, de un modo argumentativo, y por ello lo más importante no es que ahora mismo pueda mantenerse todo lo que en tales comentarios aparece, sino el propio hecho de ser testimonio de un situarse, históricamente determinado, frente a una obra para dar cuenta de ella y adoptar, en la medida de lo posible, una postura personal. De otro modo: si ya desde el propio título de mi trabajo he considerado «clásica» a la obra del Dr. Lorenzo que ocupa nuestra atención, también quiero hacer lo mismo con la gavilla de reseñas y similares que la han venido acompañando durante tantos años: como tal conjunto, se tratará de algo clásico, «histórico» —pero no carente de vigencia necesariamente—, al lado de «su lenguaje-objeto»: la importante obra —clásica desde dentro y, complementariamente, por su «persistencia histórica»— de Emilio Lorenzo *El español de hoy, lengua en ebullición*.

0-3

Valga, pues, esta suma de palabras precautorias (0-1 y 0-2) antes de iniciar nuestra larga ruta informativa. Creo que valdrá la pena seguirla con atención.

1. La primera edición (1966)

A

1. Sin firma: *Índice Cultural Español*, XXII/251-252/1967, págs. 61-62:

Se reproducen una serie de breves ensayos relativos a la determinación a [de] hechos lingüísticos considerados desde el estado actual del español. La

nueva metodología exige aprehender el hecho hablado o escrito en su aparecer [así] como novedad. La metodología de Emilio Lorenzo, excelente lingüista, idóneo para cualquiera interpretación de un hecho español original o correlativo a [de] otra de las lenguas de igual o superior grado dinámico [compárese *El español y otras lenguas*, 1980; véase entrega anterior, 3-a], se basa en considerar como eje el estado lingüístico sedimentado y comparar[,] en coherencia con este estado[,] lo que está por desaparecer, y lo que está naciendo, y en el interior de lo que está ocurriendo —valga para mayor claridad en su aspecto de fisiología dinámica y aun de su histología— [,] de las modalizaciones, la norma o la habitualidad que habrá de regir su ulterior repercusión [¡!]. || Observa el autor[,] al apoyar su método[,] que el campo de acción, mejor la zona por lo que tiene de vital [puntuación del original, como más adelante], se halla en perpetuo movimiento, y que su realidad es fluida e inestable, e inabarcable por las ramificaciones sociales, generacionales y geográficas. Tan importante serie de estudios comprende los siguientes[...].

2. MONTEMAR, Antonio: *El Mundo* [La Habana], 22-X-1967 [desconozco la paginación]. Se habla más de la Real Academia Española, y de sus avatares lexicográficos, que del libro que ocupa nuestra atención. En realidad, el escrito de A. Montemar aparece como artículo (de periódico, ya sabemos); figura en primer lugar, parte superior izquierda, *Nuevos vocablos* (¿nombre de una sección fija?, ¿título de lo publicado?), y luego, debajo y centrado (y entre comillas), el lema académico *Limpia, fija y da esplendor..* (en consonancia con la duda acabada de exponer, ¿es título o subtítulo?). Reproduciré los párrafos primero y último —aproximadamente la mitad del escrito—, que son los lugares donde se menciona la obra del estudioso español (realizo pequeños reajustes ortotipográficos para salvar algunos descuidos):

[a]

La Academia de la Lengua Española [así] ha aceptado, recientemente, unos trescientos nuevos vocablos. Con esos vocablos, en su mayoría americanismos, el idioma está en constante evolución. Larra decía que las lenguas son cosas en perpetuo movimiento («Unas palabras mueren, otras nacen, otras se modifican[...]).»). Galicismos, neologismos, barbarismos están nutriendo constantemente al idioma de nueva savia. Recientemente, se ha publicado en España, sobre este asunto, un libro que ha sido muy comentado. Se titula *El español de hoy, lengua en ebullición*; es su autor Emilio Lorenzo, un sabio lingüista. Supone Lorenzo que está aconteciendo una revolución en la lengua castellana. Dámaso Alonso apunta, en el prólogo de la obra, que existe una correlación entre actualidad-vida-cambio («La lengua es presente absoluto como nuestras vidas y tan inestable, tan inconstable como ellas»). Lorenzo atribuye a los pueblos de América, en buena parte, esa dinámica renovación que está experimentando el idioma. No es de extrañar, por lo tanto, que ahora la Academia Española, de un solo golpe, haya incorporado a su lexicón trescientos americanismos.

[b]

En estos dos siglos, por muchas razones —el desarrollo técnico, entre ellas— mucho ha evolucionado el idioma. Emilio Lorenzo, en su libro, dice que el lenguaje de nuestros escritores de los siglos XVIII y XIX es un lenguaje estancado y muerto comparándolo con el de nuestros escritores de hoy. Quizá sea éste un juicio que muchos no comparten. Lo que todos aceptan, desde luego, es el cambio; el enriquecimiento del idioma, que es constante, casi más por razones biológicas, como ya parecía apuntar Gracián, que por la dedicación de los académicos. (En boca de Gracián pone Azorín estas palabras: «Conozcamos la lengua y empleemos siempre la palabra *exacto, tradicional*; pero cuando ese vocablo, lleno de nobleza por el tiempo y la historia, falla[,] cuando el giro sintético sancionado sea insuficiente, entonces, sin temor ninguno, sin vanos y grotescos escrúpulos, rompamos ese viejo giro para ensancharlo, empleemos la voz nueva e indispensable, lo haya creado el pueblo o venga de lejanas tierras[...]). No sería posible, sin la fórmula de Gracián, que ahora revive Lorenzo —y a la que no parece sorda la Academia—, narrar, por ejemplo, un viaje al cosmos:

«Limpia, fija, da esplendor...».
Una cosecha de ricos vocablos ha sido recogida.
Otra cosecha florece en los campos, otra germina...
«El idioma es como la vida...».

3. AGUADO, Emiliano: *La Estafeta Literaria* [Madrid], 354/1966, pág. 20 (doy las gracias a D^a Mercedes Pérez y a D^a María Pastrana, de la Biblioteca Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, por haberme facilitado un fragmento de texto que faltaba en mi imperfecta fotocopia):

El profesor Lorenzo ha reunido en un libro varios de los trabajos que había publicado en distintos años sobre temas que caben muy bien bajo ese título. El que estos trabajos reunidos en el libro que ahora se publica fueran escritos y pensados en épocas distintas y sobre temas que también son distintos es una ventaja, para el lector, que ve la fisonomía de la lengua española reflejada en varias facetas. El método científico, riguroso y casi siempre descriptivo de que se vale Lorenzo para estudiar los cambios del español de hoy hará de su libro un acopio de materiales para los especialistas de los estudios lingüísticos; pero, al propio tiempo, limita un poco el ámbito de los que, sin la preparación científica del profesor Lorenzo, ven que al español de hoy le pasan cosas muy graves y no aciertan a diagnosticarlas con precisión. Ciertamente que los trabajos del profesor Lorenzo no se limitan a describir hechos, cambios y dolencias del idioma; hay, por el contrario, muchas incitaciones y algo más que incitaciones para los que no se contenten con la mera comprobación de fenómenos de cambio y permanencia de formas de pronunciación, de escritura o de sintaxis; pero la encrucijada en que se encuentra el idioma español es tan azorante que apenas si puede decirse nada con exactitud que deje satisfecho a nadie. La convicción que nos gana al leer periódicos, oír discursos por radio y televisión

y hojear libros de sesudos profesores de literatura es que el idioma no suena ya, no canta; se escribe según ciertas reglas y va arrastrándose penosamente hasta que se desmaya y aburre a los lectores y a los oyentes. Esto no se puede describir con precisión ni se puede decir de manera que lo entienda el que no lo haya experimentado; pero, escapándose entre las mallas de los métodos científicos, es tan claro como cualquier hecho aislado y, desde luego, más penoso.

Lorenzo entiende el idioma como una realidad que fluye, cambia y, en cierto modo, permanece, y ésta es la razón de que aborde las cuestiones de su libro con amplitud y sin inclinarse demasiado de parte de los puristas ni de parte de los innovadores. Lo que hace Lorenzo a través de las páginas de su libro es un estudio científico y no un programa al que deben adaptarse antes o después las formas del lenguaje. De todo lo cual resulta que cuando nos acomodamos a ese método y a la manera de entender su tema estamos a punto de creer que los estragos que sufre nuestra lengua son parciales, explicables los más de ellos y, desde luego, consecuencia de una situación que puede pasar antes o después, como han pasado otras.

Pero no es así. El español, como el francés, el inglés, el italiano y el alemán, lo hablan y lo escriben cada día más, no los que lo han estudiado ni siquiera los que se dedican a las tareas de las llamadas ciencias de la cultura; lo hablan y lo escriben los periodistas, los políticos, los técnicos, los trabajadores, los hombres de negocios, los deportistas y los fabricantes. Los idiomas de hoy, al menos en el ámbito que solemos llamar civilización occidental, son cada día más obra de las masas, que no se cuidan de historia, de normas ni de estéticas y buscan solamente signos, señales, cada vez más simples y más contundentes. Para convencerse de esto basta hojear algunos periódicos de los que se publicaban en España hace cincuenta años y compararlos con los que se escriben hoy. No se trata de formas viciosas o inadmisibles, cosa que no sería muy grave, en fin de cuentas; se trata del sentido del propio idioma, que se desvanece y se convierte en mero resto del pasado. Con lo cual ocurre que cuando el idioma cae en manos de buenos conocedores del español, que observan todas las normas, la lectura nos resulta penosa porque nos lleva a través de sus párrafos como si estuviéramos haciendo penitencia. Y, en cambio, sucede también que se admira uno de cuando en cuando al leer el trabajo de un sencillo periodista que no sabe gramática ni la echa nunca de menos porque en él al menos está vivo el idioma y dice todas las cosas que tiene que decir.

Este libro va a contribuir, sin duda, a la meditación sobre el estado de nuestra lengua española, que, diga lo que quiera el estudio de sus formas, es castellana no sólo por su pasado, sino por su sentido más profundo. Y va a contribuir no sólo entre los que se dedican a estos estudios, sino entre los que tienen que hablar y escribir mucho todos los días y, lo que es peor, escuchar y leer lo que hablan y escriben aficionados y eruditos, cada vez más alejados de las experiencias cotidianas[,] que de verdad no se entienden mientras no se les ha bautizado con la palabra que les corresponde.

4. CASTROVIEJO, Concha: *Informaciones* [Madrid], 5-XI-1966, pág. 21 (sección «El tema y su tratamiento»):

En la colección *Biblioteca Románica Hispánica*, y prologada por Dámaso Alonso, publica Gredos la obra del catedrático de la Universidad de Madrid Emilio Lorenzo, obra que[,] aparte otras excelencias, ha de considerarse muy acertada y oportuna, tanto en virtud del tema como de la forma en que está enfocado y tratado. Bastará detenerse en cualquiera de las consideraciones que reiteradamente se hacen sobre la realidad actual de nuestra lengua y sobre el peligro de lo que una crisis de evolución abierta a tan diversas influencias signifique ante su futuro, para apreciar el valor inmediato y práctico, aparte el científico y de teoría, que adquiere uno de estos libros en razón de la autoridad del autor y como estudio directo de las peculiaridades del habla.

El problema no se plantea exclusivamente desde el idioma español, sino que es general a todos los idiomas cultos y la misma corriente de influencias de unos a otros, aparte las características particulares, contribuiría por sí solo a crearlo y a imponer su consideración al interés de los estudiosos. Una publicación francesa decía a este respecto recientemente: «Estamos, como todos sabemos, en pleno período de inflación verbal: nunca se ha hablado tanto ni se ha escrito tanto como hoy. La Prensa escrita y la Prensa llamada “audiovisual” hacen diariamente un enorme consumo de palabras. Ahora bien, como lo que importa es estimular la atención de un público hastiado o fatigado, los periodistas y presentadores se creen con demasiada frecuencia autorizados a exagerar y a forzar el tono o a reemplazar ciertas palabras usuales por términos de aspecto más rico, o más noble, que dan a sus lectores o a sus auditores [oyentes] la ilusión de un hermoso estilo». No es exclusivamente éste el aspecto en que se detiene aquí el autor. Y aún más: diría yo que uno de los atractivos del libro, uno de los elementos que de manera principal obligan a fijar la atención en él, es el tratar esa «ebullición» a que alude en el título desde el punto de vista bien popular[,] bien de innovación espontánea que, cualquiera que sea su acierto y resultado, parece proceder siempre de los adentros de la lengua, surgida del temperamento, talante o psicología de quienes la hablan y recrean.

Dámaso Alonso, maestro en estas cuestiones, se pregunta en el prólogo qué es el estado actual de una lengua, al aludir a su continuidad a través del tiempo, a su paso de un estado más antiguo a uno más moderno [, lo] que constituye, con el conjunto de todos los cambios semejantes, el verdadero contenido de la gramática histórica. Y dice: «Esa abstracción de nuestra mente no puede tener correspondencia con los hechos reales del habla, salvo si ella misma cambia, es decir, es verdaderamente “actual”. Es una alteración constante de valores, por innovación y, claro está, por desuso. La lengua es como una cinta que se fuera destrabando por uno de sus extremos (los puntos donde adolece [obsolece]) y urdiéndose por el otro (por donde se innova). La lengua es presente absoluto como nuestras vidas y tan inestable, tan inconstante [inconstable] como ellas». Y añade que sobre este trenzar y destrenzar, sobre lo que es naciente, surgente, en la lengua (y también lo que en ella está muriendo) ha caído la atención

científica de nuestros días y que éste es el tema que desde hace años ha atraído a Emilio Lorenzo[,] «para cuyo estudio ha puesto a contribución su claro talento y sus conocimientos bien arraigados, lo mismo en el campo de la Filología Románica que de la Germánica».

De hechos lingüísticos que gravitan predominantemente sobre el español hablado tratan los trabajos que se reúnen en este libro, a los cuales, aun sin constituir un cuerpo de doctrina ni una visión total del panorama complejo que ofrece una lengua en asombrosa actividad, une, declara su autor, la novedad, y ello principalmente en virtud de que las manifestaciones de la lengua hablada no han recibido la atención que tradicionalmente merecen los literarios [las literarias]. Sin embargo[,] también señala cómo las fronteras entre ambos hechos son cada vez menos definidas en nuestros días. Pese a la fluidez e inestabilidad del campo de estudio cuyo análisis se emprende y pese a las dificultades que ofrecen las numerosas y diversas ramificaciones a que alude, sean de índole social, generacional o geográfica, el interés del empeño es indudable tanto en relación con el presente como con el futuro de nuestra lengua.

Así nos colocamos ante ella en su realidad inmediata partiendo de una fecha que es la del año 1965. Ocho estudios contiene el volumen. Tratarán de tradición e innovación, de la morfología del español actual, de los anglicismos, de la expresión de ruego y mandato en español, del verbo, de dos importantes contribuciones al estudio del español hablado —las obras de R. [M.] Seco y [R.] J. Alfaro— y del desgajamiento del participio en los tiempos compuestos. En todos vemos al especialista en lingüística buscando, sobre esta firme base de conocimientos[,] el secreto de la evolución de la lengua en su vida espontánea y las razones e influencias que determinan sus cambios y transformaciones. La morfología, la sintaxis y la fonología son aquí objeto de especial atención con preferencia a las mismas innovaciones del léxico, por su importancia condicionadora ante la lengua entendida como sistema. Pero el libro, de sumo interés y utilidad, nos dará razón equilibrada de todo hecho reseñable dentro del terreno que ha acotado el autor. Hay que hacer constar la intuición rectora que sin duda le ha guiado para la percepción y análisis de cada fenómeno, para la extracción de consecuencias a la búsqueda de una síntesis esclarecedora. Bueno será que obras de esta índole empiecen a propiciar un estado general de atención, excesivamente disperso ahora en relación con la importancia del tema[,] y que incluso llegue a despertarse esa «vocación lingüística» cuyo fallo entre nosotros hace constar también Emilio Lorenzo.

5. CALVO HERNANDO, Manuel: *Ya* [Madrid], 22-IX-1966, pág. 33 (sección «Crítica de libros»); el escrito, a su vez, posee título: «Lengua en ebullición»):

¡Fascinante misterio este del lenguaje! La frase del profesor Emilio Lorenzo, que le sirve para encabezar su libro, podría ser también su resumen. Porque, efectivamente, de un misterio se trata o, más bien, de muchos misterios que el trabajo de gramáticos, lexicólogos, historiadores de la lengua, etc., se afana por desvelar. Como, con la agudeza que en él es habitual, dice en el prólogo Dámaso

Alonso, sobre este trenzar y destrenzar, sobre lo que es naciente, surgente, en la lengua (y también sobre lo que en ella está muriendo) ha caído la atención científica de nuestros días.

Emilio Lorenzo, catedrático de la Universidad de Madrid, ha reunido en este volumen una serie de estudios sobre hechos lingüísticos que gravitan predominantemente sobre el español hablado y por ello no han recibido la atención que tradicionalmente merecen los hechos literarios.

Y así, en este libro, de lectura para todos, nos encontramos con referencias a hechos de los que somos partícipes cada día en la conversación habitual y nos damos cuenta de las modificaciones, los neologismos y... las barbaridades. La pérdida paulatina del sonido representado por la grafía *ll*, la pérdida de la *d* final en los participios masculinos (incluso en ocasiones solemnes), el fenómeno de nasalización que advierten en ciertos sectores femeninos madrileños algunos observadores de provincias, etc., son otros tantos de los temas señalados en este libro.

No es posible aquí, naturalmente, hablar de todo su generoso contenido. Citaremos, por ejemplo, una curiosa observación del profesor Emilio Lorenzo: «No es que menospreciemos —dice— el alcance de la invasión masiva de neologismos indígenas y de formas extranjeras o de determinadas tendencias en la formación de palabras. Lo que ocurre es que, a nuestro juicio, tiene más trascendencia en la lengua la aparición de un pronombre o la creación de media docena de preposiciones que la incorporación de doscientos galicismos o la difusión del sufijo adjetivo *al* (*educacional, laboral, etc.*)».

Por cierto que, hablando de preposiciones, el autor afirma que acaso sean la zona donde puede observarse un forcejeo más intenso entre las tendencias conservadoras del idioma. Salta a la vista —dice— que no se puede ir muy lejos con el parvo inventario de preposiciones que la última edición de la Gramática de la Real Academia Española da para el castellano. Además de las que tuvimos que aprender de niños, el profesor Emilio Lorenzo cree que deben añadirse a la lista de las preposiciones *durante, salvo, excepto, mediante*, etc. Y, al mismo tiempo, habría que eliminar *cabe* por fuera de uso y considerar si el empleo de *so* en fórmulas petrificadas, como *so pena de*, autoriza a mantenerla.

El anglicismo en la España de hoy, la expresión de ruego y mandato en español, notas sobre el verbo español, contribuciones al estudio del español hablado y desgajamiento del participio en los tiempos compuestos son los restantes temas que Emilio Lorenzo trata en este libro, interesante, útil y sugestivo.

B

6. REV, Agapito: *Books Abroad* [University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma, USA], 41-3/1967, pág. 331:

"Present-Day Spanish," with a brief Prologue by Dámaso Alonso, is made up of eight different studies written between 1952 and 1965. These studies deal with matters of syntax of the Spanish verb, new popular expressions, and anglicisms that are creeping into everyday Spanish.

Spain is experiencing a profound transformation in its social and economic life, which is reflected in the spoken and literary language of the country, particularly of the cities. The avalanche of foreign tourists, the wholesale importation of products and services, the development of science and industry, all help to enrich the realm of ideas and the language of Spain. This enrichment is welcome but it must be guided so it will fall into established Spanish patterns of diction and usage.

As an experienced teacher of Spanish for foreigners, and as a gifted linguist, Lorenzo is quick to point out foreign expressions that jar the sensitive Spanish ear. The author does not appear as a purist but wishes foreign additions to be properly assimilated into Spanish.

Of particular interest are the numerous words and expressions that have sprung up in the popular speech in the last forty years, which baffle many a Spaniard of the old school.

It is an excellent book with abundant information, without pretense of erudition.

7. POYATOS, Fernando: *Hispania* [USA], LI/1968, pág. 364:

El libro del prof. Lorenzo —quien, además de ser catedrático de lingüística inglesa y germánica, se interesa vivamente por los problemas del español actual— recoge ocho trabajos, aparecidos antes, donde estudia, entre otros asuntos de gran actualidad, algunos fenómenos que observa en la lengua de hoy: regresión de la *-d-* de los participios, el sorprendente avance del yeísmo, la inflación del plural español, la ambigüedad del pronombre posesivo —que sugiere como enraizada en causas culturales—, la tendencia a la función varia en un mismo vocablo y esas preposiciones que siempre echamos de menos en nuestros textos de español.

También observa la frecuencia del femenino en *-o* y el plural en *consonante+s* de palabras extranjeras, detalladamente estudiado, lo que se relaciona con otro capítulo sobre los anglicismos que pueden llegar a anquilosar el idioma, ya que se trata de alteraciones sintácticas, léxicas, semánticas y ortográficas, estas últimas casi siempre innecesarias por estar tomadas a través de otras lenguas.

Excepto los comentarios sobre el *Diccionario de dudas de la lengua española*, de Manuel Seco, y *El español coloquial* de Beinhauer, en el último capítulo, los demás abarcan tres aspectos del verbo español planteados y analizados con claridad altamente pedagógica: las expresiones de ruego y mandato, donde se muestra la resistencia del español hacia el imperativo puro, sustituido por otros procedimientos, completando el cuadro con el uso del futuro, de *deber de* y *tener que* y de la elipsis (*¡Haberlo dicho!*); la expansión temporal del presente tradicional (pasado-futuro-simultáneo), representada por *llevar*, *acabar de*, *estar+infinitivo* e *ir+gerundio*; y las características que alteran los paradigmas tradicionales del verbo español, pronosticando la desaparición del contacto entre pretérito perfecto y presente y analizando el uso del imperfecto, el pluscuamperfecto en *-ra* y el pretérito anterior en función de potencial, pretérito indefinido-pluscuamperfecto de indicativo e indefinido, respectivamente.

Indudablemente, *El español de hoy* —prologado por D. Alonso— se convertirá, para el lector escudriñador, en elemento indispensable por los muchos aspectos que o plantea o sugiere con una muy desacostumbrada sagacidad, que, si ofrece pocas soluciones, es porque éstas serían imposibles en un organismo tan vivo como es el idioma. Tal vez sea anuncio este libro de otro donde se descubra plenamente la rigurosa personalidad lingüística de su autor.

8. CARNICER, Ramón: *Idioma* [Múnich], V-3/1968, pág. 144:

Comprende este libro ocho estudios acerca del español actual. En cada uno de ellos se analizan modalidades recientes o se registra la consolidación de tendencias pretéritas.

A lo largo del volumen, el lector podrá reflexionar, por ejemplo, sobre la desviación experimentada por el sufijo *-ina* para designar sucedáneos o imitaciones de calidad inferior a los correspondientes positivos (*nogalina, anilina, angorina, percalina, sedalina*, etc.). Advertirá la aparición de un sufijo que con intención peyorativa o burlesca convierte a *viejo, vivo, fresno, rubio*, etc., o sus femeninos, en *viejales, vivales, frescales, rubiales*, etc. Por otra parte, se dará cuenta de que estas y otras palabras como *bragazas, pelanas y boceras*, formalmente plurales, pueden referirse a nombres singulares («Ese hombre es un *bragaza*»). Por el contrario, verá singulares en función plural (el ya decaído *pollo pera*, junto a los pujantes *medidas standard, cifras record, coches pullman*). Dentro del mismo orden del número, registra el autor la generalización de plurales en *-s* en palabras extranjeras acabadas en consonante, contra la regla del plural en *-es* (*clubs, boers, soviets*, etc.). Señala la utilización del sustantivo en función adverbial («Él estuvo *fenómeno*», «Lo pasamos *bomba*», «Se divertieron *horrores*», etc.).

Frente al criterio académico contrario a la acumulación de preposiciones, el profesor Lorenzo la justifica en casos como «Se fue de casa *a por* su padre», cosa muy distinta de «Se fue de casa *por* su padre». En el primero entenderíamos que el sujeto fue a buscar a su padre; en el segundo, la finalidad resultaría excluida y quedaría de manifiesto una imprecisa indicación causal.

Dentro de una actitud tolerante en cuanto a la introducción de términos procedentes de otras lenguas, el autor —que dedica una parte de su docencia en la Universidad de Madrid a la Anglística— reacciona contra la plaga de calcos del inglés. Tal, por ejemplo, el del artículo en titulares de este tipo: «El rapto de Europa. *Una* interpretación histórica de nuestro tiempo». Rechaza traducciones forzadas como la de *los años treinta* para aludir al cuarto decenio de nuestro siglo, así como el empleo de *planta, educacional, emocional, Fuerzas Aéreas, Fuerzas Armadas*, etc., por *fábrica, educativo, emotivo, Aviación, Ejército*, etc.

El recorrido de estas páginas nos sitúa ante los problemas más vivos de la evolución de nuestra lengua, todo ello a través de una exposición ceñida y clara en que la precisión documental y el equilibrio terminológico —dentro de la más reciente información— hacen posible la inmediata comprensión del lector, virtud no muy común en libros de lingüística.

El núcleo más estrictamente técnico lo constituyen los cuatro estudios dedicados a los modos y los tiempos verbales. La originalidad de su enfoque, más realista que teórico, más actual que tradicional, rebasa las posibilidades de un

resumen en que pretendiéramos abarcar las vastas perspectivas abiertas por el autor.

C

9. RIVERA, B.: *Cultura Universitaria* [Caracas], 94-95/1967, págs. 161-163:

Emilio Lorenzo, catedrático de la Universidad de Madrid, nos ofrece aquí una interesante colección de ensayos publicados por la muy prestigiosa Editorial Gredos en la Biblioteca Románica Hispánica, con prólogo del director de dicha biblioteca, el maestro Dámaso Alonso.

El libro del profesor Lorenzo contiene ensayos de gran actualidad e importancia y, entre ellos, nos gustaría destacar el tercero, que se refiere particularmente al «anglicismo en la España de hoy», y el cuarto, donde se trata de «la expresión de ruego y de mandato en español».

«El anglicismo en la España de hoy», escrito en 1954 [1955], es un artículo que deberían leer todos nuestros profesores de castellano, todos nuestros periodistas y, en fin, el público culto en general. Como ya se sabe, la peor amenaza que tenemos los hablantes de español actualmente es la amenaza del inglés. Los anglicismos de vocabulario se encuentran en todas partes y ya van recibiendo mucha atención de parte de los lingüistas serios y de los puristas aficionados. Emilio Lorenzo discute [estudia] con gran acierto varios de estos anglicismos de vocabulario —no todos ellos innecesarios ni objetables— que han aparecido en España en los últimos veinticinco años, y en el ensayo sobre la expresión de ruego y de mandato sugiere que el uso tan extendido de la expresión *¡por favor!* puede deberse al influjo anglosajón que predomina en nuestros medios. Compárense, nos dice, la expresión corriente española *¿Quiere usted abrir la puerta?*, la cual es perfectamente normal y perfectamente cortés, con otra expresión que se ha ido imponiendo recientemente y trata de desalojar [a] la primera: *Abra la puerta, por favor*, la cual parece ser, en gran parte, una traducción de *Open the door, please*, la cual suena a ciertos oídos no solamente como anglicismo, sino también como menos cortés que la primera. Es probable, añade el profesor Lorenzo, que este uso exagerado de *por favor* tenga mucho que ver con el doblaje de las películas. Ya se sabe que los hitos del diálogo cinematográfico, para efectos de doblaje, los marcan las consonantes bilabiales y es posible que esto haya obligado a traducir con la expresión *por favor* cada *please* que aparezca en una película inglesa. El profesor Lorenzo nos hace notar que lo mismo vale para las fórmulas del alemán (*bitte*), del italiano (*prego*) y del francés (*s'il vous plait*) (pág. 73).

Se sabe que los anglicismos de vocabulario son los más fáciles de reconocer y los menos nocivos a la estructura de la lengua. Desafortunadamente, aún no poseemos un estudio completo y claro de otro tipo de anglicismo más insidiosamente nocivo: el anglicismo en la sintaxis.

El libro del profesor Lorenzo nos hace meditar acerca del hecho de que en Venezuela, en los últimos quince años, han entrado a nuestra lengua varios anglicismos sintácticos. Uno de los más comunes es el uso del gerundio del

verbo ser precedido de formas del verbo *estar*, uso que hasta hace pocos años era inconcebible —por no decir *imposible*— en español y que ahora es el pan nuestro de cada día. Abra usted cualquiera de nuestros diarios y encontrará, sin duda alguna, frases como: *los edificios están siendo examinados* o *toda la población está siendo vacunada* o *las casas están siendo reparadas*, etc., etc., en vez de las frases castizas: *se están examinando...*[,] *se está vacunando...*, etc. Nótese que las primeras tres frases parecen ser traducciones literales de otras frases inglesas, mientras que las segundas son simplemente frases españolas corrientes.

El profesor Lorenzo señala el anglicismo *aguardando por mí*; aquí todos decimos *esperando por mí* (inglés *waiting for me*) en vez del castizo *esperándome*.

No nos es posible, dentro de los límites de una corta reseña, ni aludir a todos los puntos que discute [examina] el profesor Lorenzo ni añadir a sus ejemplos otros centenares de ejemplos que hemos coleccionado en los últimos tres años. El estudio del anglicismo en la Venezuela de hoy es tema para todo un libro. Baste decir[,] por el momento, que recomendamos la lectura de la obrita del profesor Lorenzo a todos los que se interesan por el presente de la lengua española, ya sea en España, o sin ir tan lejos, en su propia casa.

10. BARBÓN RODRÍGUEZ, J. A.: *Cuadernos de Filología* [Universidad de Cuyo, Mendoza], 1/1967, págs. 118-120 (realizo pequeños reajustes ortotipográficos):

Componen este libro una serie de ocho trabajos: *La lengua española en 1965: tradición e innovación*; *Dos notas sobre la morfología del español actual*; *El anglicismo en la España de hoy*; *La expresión de ruego y mandato en español*; *Notas sobre el verbo español. Un nuevo planteamiento del estudio del verbo español*; *Dos importantes contribuciones al estudio del español hablado*; *Desgajamiento del participio en los tiempos compuestos*. Algunos han sido publicados entre 1952 y 1965. Con ellos, juntos ahora por vez primera, don Emilio Lorenzo intenta[,] y lo logra cabalmente, darnos una imagen viva del español actual de España.

Una inicial declaración da la clave de lo que se debe buscar en su lectura: *El conjunto de estudios que aquí presentamos no constituye un cuerpo de doctrina ni una visión total del panorama complejo que ofrece una lengua en asombrosa actividad[...]. Tratan de hechos lingüísticos que gravitan predominantemente sobre el español hablado, y por ello no han recibido la atención que tradicionalmente merecen los hechos literarios* (p. 12-13).

El primero de ellos[,] *La lengua española en 1965. Tradición e innovación*, presenta una verdadera exposición sincrónica de hechos lingüísticos que *a la luz de otros diacrónicos conocidos pueden arrojar luz sobre las modalidades del cambio lingüístico* (p. 23). Son éstos, en el campo de la fonología, la articulación plena de la *-d-* de los participios masculinos en *-ado* en Madrid (V. Navarro Tomás, T.: *Manual de pronunciación española*, p. 101, Madrid, 1961) y el fenómeno de nasalización, también madrileño. El más interesante, sin duda, por la perspectiva que sugiere, es la posibilidad, en zonas no yeístas, de una oposición

fonológica y <ll/ll < ly, es decir[,] en áreas donde actualmente ly se encuentra frenado en su paso a ll.

Tratamiento detenido merecen dos apuntaciones, una referida a la ambigüedad que presenta el español en el sistema de posesivos, especialmente el de tercera persona, y otra a las preposiciones[,] *zona donde puede observarse un forcejeo entre las tendencias conservadoras e innovadoras del idioma* (p. 41). Problemas relativos al número y al verbo aquí incluidos se tratan especialmente después.

En *Dos notas sobre la morfología del español actual* se tocan cuestiones de morfología. Particularmente interesante es «Un nuevo esquema de plural»[,] donde se estudian las posibilidades de existencia en español de los plurales de *consonante + s* dada la base fonética articulatoria española. Se trata, naturalmente, de palabras de origen extranjero: *boer-boers; club-clubs; soviet-soviets; accesit-accesits; standard-standards; girl-girls*, etc. Creemos que las soluciones que se van hallando no son uniformes y en definitiva podrán depender de muchos factores, como pueden ser la «popularidad»[,] pienso en términos deportivos, o la influencia de distintos medios de comunicación: la radio, televisión, periodismo, etc.

Tomando algunos de los ejemplos citados[,] digamos que en este lado del Atlántico, en hablantes de nivel medio de cultura, es «normal» *clubes*[,] lo mismo que *álbumes*. En cuanto a *fiord*, los manuales de geografía de las escuelas secundarias utilizan *fiordos*. Y ya empieza a verse, en publicaciones de carácter económico[,] el plural insólito *memoranda*: *Mientras tanto, en los medios empresariales y en el ámbito gremial se desarrollaba una sorda guerra de nervios. Así, a través de reuniones de jefes y de memoranda más o menos confidenciales se puntualizaban los obstáculos de origen gremial...* (*Análisis*, 27-3-1967, p. 67: *Una sorda guerra de nervios*).

La «inflación» o «redundancia» de plural manifiesta soluciones como *labios rosa pálido, ojos azul claro, yeguas pura sangre, cosas cuna, sacacorchos, portalámparas*. Todo ello nos da un panorama completo de las tendencias de la lengua en la categoría del número.

El anglicismo y Desgajamiento del participio en los tiempos compuestos se refieren al extranjerismo idiomático, en este caso, el de procedencia inglesa. Este tiene una doble manifestación: en el léxico y en la sintaxis. El primer grupo lo integran sobre todo anglicismos de formación greco-latina y abundan en las nomenclaturas científicas y técnicas: *cibernética, axiológico*. También en el campo lexical encontramos otra manifestación: el «anglicismo semántico»: *simpatía* por *compasión*... Frente a los extranjerismos, don Rafael Lapesa («*Kahlahtahyood*[:] Madariaga ha puesto el dedo en la llaga», en *Revista de Occidente*, año IV, 2ª época, nº 36, p. 376), propone muy acertadamente estas soluciones: 1) sustituirlos por palabras españolas preexistentes, mediante la necesaria acomodación semántica; 2) fabricar un término español nuevo; 3) formar la voz extranjera y acomodarla a las exigencias fonológicas y gramaticales de nuestra lengua.

El anglicismo sintáctico es más peligroso que el léxico pues éste[,] a diferencia de aquél[,] no afecta fundamentalmente el funcionamiento idiomático. El *barbarismo ortográfico* es otra forma de anglicismo, pues ya se sabe que no es nada escasa la cantidad de palabras de otras lenguas que nos llegan a través del filtro inglés: *astrakán* o *astracán* por *astraján*[,] como correspondería.

En *La expresión de ruego y mandato en español*, *El verbo español* y *Un nuevo planteamiento del estudio del verbo español* se enfoca el estudio del verbo en direcciones nuevas. Surge evidente de estos trabajos la gran distancia que presenta la actualidad de la lengua hablada frente a los tradicionales esquemas gramaticales.

Dos importantes contribuciones al estudio del español hablado contiene observaciones al *Diccionario de dudas de la lengua española* de Manuel Seco y al *Español coloquial* de Werner Beinhauer [observaciones] que[,] como dice el autor[,] no invalidan la trascendencia de las obras reseñadas.

Ha sido un verdadero acierto de Gredos la edición de estos trabajos de don Emilio Lorenzo por el adelanto que suponen en la investigación gramatical.

D

11. TROMONT, Michel: *Revue de Phonétique Appliquée* [Mons, Bélgica], 3/1966, págs. 93-94:

E. de Lorenzo [sin de], professeur ordinaire à l'Université de Madrid, a regroupé neuf études et notes sur l'évolution du castillan actuel. Tout au long de son ouvrage, il va essayer de concilier, comme il l'écrit lui-même, les deux tendances les plus accusées de la science du langage: la synchronique, descriptive, structurale, et la diachronique, historique, évolutive.

Dans sa première étude, E. de Lorenzo enregistre les phénomènes linguistiques suivants: perte du phonème *ll* et triomphe du *yéisme*, ce qui implique la disparition de différences phonétiques telles que *pollo* et *pooyo*, *halla* et *haya*, etc.; outre la tendance à restreindre l'inflation des pluriels qui caractérise la langue de Cervantes, l'auteur attire l'attention sur l'accroissement constant des prépositions.

Dans son second travail, il examine l'utilisation croissante de pluriels à deux consonnes, généralement d'origine étrangère, tels *soviets*, *flirts*...

Le troisième article a trait à l'invasion des anglicismes. Le Dictionnaire d'Alfaro, publiée à Bogota, en 1948 énumère 1.200 termes anglais en cours d'assimilation par l'espagnol d'Amérique latine. Pour le linguiste castillan, l'intrusion d'expressions étrangères qui perturbent le bon fonctionnement de l'idiome espagnol, est plus grave que l'incorporation de quelques néologismes.

Le quatrième travail est une analyse des formes distinctes de l'impératif, exprimant l'ordre ou la demande. C'est ainsi qu'il constate qu'on formule l'ordre au moyen d'une interrogation (*¿Quiere usted abrir la puerta?*), ou d'un présent de l'indicatif (*Tú te vas y usted se queda*), ou d'un infinitif (*¡a dormir!*), ou d'un présent du subjonctif (*que venga*), etc.

Le cinquième essai étudie les transformations du verbe espagnol et, spécialement, l'extension du présent au passé et au futur. E. de Lorenzo analyse trois cas typiques correspondant à l'emploi des verbes *llevar*, *acabar* et *estar*. Par exemple, *llevo en Madrid dos años* est un présent utilisé pour un passé. On peut formuler la même remarque à propos de *acabo de terminar*. Ce refus du verbe espagnol de signifier ce qui lui correspond grammaticalement amène l'auteur

à préconiser, dans sa sixième étude, un nouveau plan d'étude du verbe espagnol afin d'y inclure tout ce que l'usage quotidien n'a pas encore codifié et expliqué. C'est le cas du présent de l'indicatif à fonction conditionnelle: *si tengo tiempo te escribo*.

Dans son avant-dernier article, l'auteur, après avoir fait l'éloge du *Diccionario de dudas* de Manuel Seco (Madrid, 1964 [2^a edición]), et du *Manual de gramática española* de Rafael Seco (7^a ed., Madrid, 1965 [1^o1930, 2^o1954, 3^o1958, 4^o1960, 10^o1975, 11^o1988]), proteste, entre autres choses, contre la tendance actuelle à ne pas utiliser les formes espagnoles des noms géographiques étrangers.

Enfin, E. de Lorenzo réfute la thèse d'Alfaro, qui, dans son *Diccionario de anglicismos* (Madrid, 1964), s'oppose à l'introduction d'un adverbe entre une inflexion de l'auxiliaire *haber* et un participe.

«L'espagnol d'aujourd'hui, langue en ébullition» forme un ensemble d'études linguistiques fort intéressantes, bien que purement théoriques. Il faut espérer que ces données pourront être utilement avec les résultats d'enquêtes sur la langue parlée et écrite.

12. WHINNOM, Keith: *Zeitschrift für romanische Philologie*, 83/5-6/1967, páginas 620-622:

Despite valuable contributions from such scholars as Rafael Lapesa, Alarcos Llorach, Manuel Seco, Virgilio Bejarano, and Francisco Ynduráin, trends in contemporary Spanish have been the subject of less attention than they merit, so that we should probably be grateful to the Editorials Gredos for reprinting in one volume this collection of articles, notes, and book-reviews by Emilio Lorenzo, all concerned in some way with contemporary Spanish usage. Lorenzo has deliberately not revised them or brought them up to date (though he sometimes adds a postscript) and he disarms criticism by insisting that he is only sketching an approach and that only a team of scholars could tackle the problems adequately. Lorenzo is always intelligent, and most hispanists and linguists will extract some profit from reading this work, but one could wish that it were less fragmentary and repetitive.

Chapter 1 deals with four separate points: the different solutions to pluralizing new foreign words in Spanish (*medidas standard, cifras record, soviets, slogans*, etc.), though it is difficult to agree with Lorenzo's extrapolations from this evidence (that the superfluity of plural markers Spanish may lead to their disappearance); with the ethnolinguistic implications of the use of the article instead of the possessive in Spanish, the "escrúpulos del hombre español hacia la afirmación de lo que es propiedad suya" in contrast with English and its "curioso deseo de afirmar la propiedad" (p. 35); with the increasing use of nouns in an adverbial function (*se divirtieron horrores*, etc.); and with prepositions like *a por*; the developing negative connotations of *en*, and the modern solectistic substantivization of prepositions, like *delante mío*).

Chapter 2 was originally contributed in 1952 to vol. VI of the *Estudios M.P.* The first part deals, in less detail than Chapter 1, with old "rule" that *-o* is a masculine ending (*dinamo, foto, contralío, UNO*, etc.). Chapter 3, on anglicisms, was first

published in 1954[1955], and is as miscellaneous a collection of observations as the rest of the book: on vocabulary, syntax, semantics, orthography (the spelling of foreign names in particular), the increasing currency of *por fa-vor*, and even social customs (wolf-whistles, Christmas cards, pipe-smoking, etc.). It is interesting to contrast the prescriptive, patriotically emotional, and resolutely optimistic tone of 1954[1955] with the almost resigned despair of the 1966 postscript, which complains that the dubbing of films for television has opened the flood-gates and that “el mal, por lo que se ve, está consumado” (p. 83).

Chapter 4 (1962), on expressions of asking and ordering, is based on one of C.C. Fries’s new categories of analysis (“free utterances followed regularly by ‘action’ responses”), which permits Lorenzo to draft a long classified list of the different ways of asking and ordering in Spanish, including, obviously, far more than traditional grammar-books deal with under “the imperative”.

Chapters 5 and 6 were written in 1963[1962] and 1964 respectively and discuss problems of the analysis of the verb in Spanish. Though Lorenzo cites many interesting examples of usage, he has not read William E. Bull’s *Time, Tense, and the Verb* (University of California 1960) which deals with (and, I think, solves, brilliantly) precisely the problems with which Lorenzo is somewhat ineffectually wrestling.

Chapter 7 is made up of reviews of Manuel Seco’s *Diccionario de dudas* and the Spanish translation of Werner Beinhauer’s *Spanische Umgangssprache*, both reviews adding a long list of miscellaneous details. Chapter 8 is an objection, backed by copious quotations, to a statement in R. J. Alfaró’s *Diccionario de anglicismos* that no adverb should intervene between the auxiliary *haber* and the past participle.

One could make a longish list of minor points one would wish to dispute or correct: modern linguistic geographers would be surprised by Lorenzo’s notion of what linguistic geography teaches (p. 26); there is no question of superfluous synonymy in the case of *autogyro* and *helicopter*, which are basically different (p. 65), nor with *wolfram* and *tungsten* (pp. 66 and 138), nor with *Northumbria* and *Northumberland* (p. 77); and one might go on. But it is always stimulating to read a sensitive linguist thinking about his native language, and in fifty years’ time it will be extremely interesting for scholars to check on how many of these contemporary developments have proved ephemeral and how many have established themselves as standard.

13. KEIGHTLEY, R. G.: *The Modern Language Review*, 64/1969, págs. 195-196 (entre la 194 y la 195 se ocupa de una conocida obra de W. Beinhauer, todo dentro de la misma reseña sucesiva a dos libros, fichados en este orden al principio):

Profesor Lorenzo’s *El español de hoy* is also not entirely new; it consists in the main of studies already published elsewhere, the earliest dating from 1952, now collected together and provided with notes commenting on subsequent developments where appropriate. Apart from a study of anglicisms, the book

deals chiefly with grammatical features of contemporary Spanish, especially the formation of noun plurals, prepositions, and aspects of verbal forms and functions.

The purpose of these studies is to draw attention to features of contemporary Spanish which have hitherto passed unnoticed or have been insufficiently studied; Lorenzo refers his readers to existing studies for information on phonetics, lexis, and further points of grammar. The increasing rapidity with which new forms and structures are entering written Spanish, whether from the spoken language or by translation from foreign languages, fully justifies his description 'lengua en ebullición'. In his opening survey, Lorenzo indicates a number of features which are becoming commonplaces in speech and journalism but which are not accounted for in traditional grammars; some may well be established features of the language in the near future, so that we may have the opportunity to observe the processes of linguistic change. On this matter Lorenzo argues for greater precision of observation, giving more consideration to factors such as age and social grouping.

One indication of the rate at which new forms are being developed is to be found in the formation of noun plurals. When in 1952 Lorenzo studied the plural forms of loanwords ending in a consonant or consonantal group, he found the plural represented in writing by the addition of *-s*, rather than the *-es* recognized by the Real Academia as correct in words of this type, and in the spoken language the final consonantal groups so created were articulated according to individual ability; in 1965, however, he records that in many instances loanwords of this kind have no plural *-s*, number being indicated by forms in grammatical concord, the new form being perhaps modelled on the increasingly frequent plurals of the type *hombres rana, ojos azul claro*, etc.

As regards loanwords, and in particular anglicisms, Lorenzo judiciously admits in many instances their value in enriching the language with additional nuances, but he makes a forthright attack on translators who follow too slavishly English syntactic patterns. This tendency is perhaps strongest in the dubbing of film soundtracks, where the exigencies of synchronization are too often allowed to ride roughshod over linguistic sensibility. A further cause for concern is the disappearance of traditional Spanish forms of proper nouns in favour of their English or French equivalents, and the adoption of forms of similar origin for names which have come into prominence in more recent times when phonetically more accurate forms could have been found.

The book's most interesting contribution concerns verbal forms and functions. The fourth study deals with the variety of expressions of command or request which supplement the imperative mood and allow the speaker to adapt his utterance to particular context; among the available forms are questiones (*¿me quieres abrir la puerta?*), infinitive phrases (*¡a trabajar![,] ¡a ver si escribes!*), participial expressions (*¡ya te estás callando![,] ¡id comiendo!*), and finite forms of the verb (*tú te vas y usted se queda, ¡que te calles!*). (There is a confusing misprint in the paradigms on page 94, which should read: *toca-toque-tocad-toquen, no toques-no toque-no toquéis,-no toquen*. The fifth study examines various verbal groups — *llevar* plus *-ndo* and *-do*, *acabar de* plus infinitive, *ir* and

estar plus *-ndo*— and the sixth the uses of various tenses. Neither study is intended to be definitive, but even so one would have welcomed more detailed discussion. Clearly the traditional approach to the verb is inadequate for the accurate description of the phenomena recorded, but Lorenzo does not give many pointers to more satisfactory treatments. For the use of tenses, W. E. Bull's stimulating *Time, Tense, and the Verb* (1960) attempts to fit many of the more problematic forms into a coherent pattern, and it may well be that other problems will find a solution when methods similar to those used for the study of the English verb in recent works by British and American scholars are applied to Spanish. Thus the verbal groups included in Lorenzo's fifth study would be assigned to the sub-system consisting of non-modal, operators with participle, with the exception of the group *acabar de* plus infinitive, which behaves very much like *ought to*, *be going to* (cf. Sp. *ir a*) in English (see Barbara M. H. Strang, *Modern English Structure*, Chapter VIII).

El español de hoy is valuable for the publicity it gives to current trends in the Spanish language; it is to be hoped that the problems Professor Lorenzo has raised will attract further investigation in the near future.

14. HODCROFT, Fred: *Bulletin of Hispanic Studies*, XLVI-1/1969, págs. 48-49:

It is an axiom of modern linguistics that the linguist records what he finds objectively, neither condemning nor approving; but linguists, when they are not officially linguisticizing, are private citizens like the rest of us, with their own views about good and bad usage. It is therefore not surprising to find these two attitudes in conflict now and again, and such is the case with the book under review: on the one hand the urge to record what is actually said, on the other the view that it is sufficient to invoke the name of Cervantes as an authority for modern usage.

The book brings together eight articles written from 1955 onwards, brought up to date where the author feels it necessary by the addition of material or of a note declaring a change of opinion. There is thus rather more overlap than one would find in a book that had been planned as a book in the first instance.

Professor Lorenzo is an extremely competent English scholar, and one of the most interesting of his chapters is that on 'El anglicismo en la España de hoy' (1954[1955]). In a four-page note added to this article in 1966 I detect a note of alarm not present in the 1954[1955] part, where the author's subjective intervention does not go much beyond categorizing the use of loanwords as a kind of mental laziness «que se resuelve con... la palabra que nos dan ya hecha» (surely a speaker has to be something of an academic to divide English loans into those that have been taken by ear (*gol*, etc.), and those taken by eye (*radar*, etc.). The word *nailon* is now one of the former, but in the 1950s one used to hear a Spanish *i* in the first syllable of this word. Presumably the ear-loans have increased substantially since travel between the two countries has become popular.

In accordance with Professor Lorenzo's intention declared in the Introduction, his investigations do not remain at the lexicological level:

morphological and syntactical loans are also identified and receive interesting commentary.

Syntactical, too, is one of the best chapters (VIII), which deals with what appears to be a growing practice of inserting elements (mainly pronouns or adverbs) between the verb *haber* and its past participle. The author sees this as an example of a development of greater flexibility in word-order. (On the subject of past participles and linguistic 'efficiency' incidentally, it has always seemed strange to me that modern spoken (and written) Spanish has allowed the concise formula of the type *después de haberlo leído y héchote cruces* to fall into disuse).

The book is less interesting where it speculates on the causes and future implications of the phenomena it treats: occasional explanations based on (e.g.) structural principles are not sufficiently supported by the data presented. Here the book is at its least scholarly, and a frequently apologetic tone suggests that the author has noted the deficiency. A good example is the suggested explanation of a difference between English and Spanish in the use of the possessive adjective, English redundancy here being related by Professor Lorenzo to this country's economic prosperity. (If there is anything in this theory, we should be observing a marked decline in English use of these adjectives at any moment).

An index of authors quoted and one of 'palabras y materias' is included. A general bibliography would have been useful, for interesting references to studies on the contemporary language are scattered in footnotes throughout the book. These works, and Professor Lorenzo's own praiseworthy labours, show that there already exists a basic bibliography for those whose interests are directed towards the history of the Spanish language with special reference to its present state.

15. GOLD, David L.: *Babel*, XX/1974, págs. 110-111:

Translators and interpreters, it need not be emphasized, should be constantly increasing their knowledge of the languages in which they work: Not only because there is so much to know about them, but because they are constantly changing too (with the exception, of course, of extinct tongues). When a language is used in many countries, by millions of people, the task of keeping abreast of new developments becomes even harder. Translator or interpreter of Spanish, for example, must be acquainted not only with *el español general* (both in its European and Latin American varieties), but with numerous subvarieties thereof as well (to say nothing of Spanish as spoken in the Philippines, the United States, and Africa).

One way of keeping posted is by reading primary sources; however, secondary sources, by linguists, should also be on the translator's because primary sources often do not reflect the subvarieties in all their diversity (except *costumbrista* literature) and secondly, because even if they do, the reader may be stumped by some word, idiom, or construction whose meaning is not immediately apparent. Articles and books *about* language are therefore indispensable. It can be said without exaggeration that Emilio Lorenzo's book provides a wealth of information on features of *contemporary* Spanish hitherto unregistered in the secondary

literature. Writing from a Madrid vantage-point, he naturally concentrates on European Spanish (many new features of which are of course found in other varieties too), with comments here and there on Latin-American Spanish.

The book consists of eight chapters: "La lengua española en 1965; tradición e innovación" (a survey of recent innovations), "Dos notas sobre la morfología del español actual" (on the plurals of recently borrowed nouns such as *lunch*, *kodak*, *cabaret*, etc. and feminine nouns ending in *-o* such as *UNO*, *UNESCO*, *libido*, etc.), "El anglicismo en la España de hoy" (on anglicisms at various levels of the language), "La expresión de ruego y de mandato en español" (an excellent guide for English-Spanish translators and interpreters on how to render *please* idiomatically), "Notas sobre el verbo español" and "Un nuevo planteamiento del estudio del verbo español" (on the obsolescence of some verbal forms and the emergence of others), "Dos importantes contribuciones al estudio del español hablado" (reviews of one prescriptive and one descriptive handbook on contemporary Spanish), and "Desgajamiento del participio en los tiempos compuestos" (on a pseudoanglicism in the syntax of the Spanish verb). An *index verborum* es provided for ease of consultation.

The following comments concern but a minute portion of this invaluable book: (a) English *porridge* is not a direct derivative of *pottage* — Middle English *porray* 'a kind of pottage' (ultimately derived, through French, from Latin *porrum* 'leek') explains the *rr* in *porridge* (p. 26); (b) in no case does the /t/ of English *city*, *pretty*, etc. become /r/ in any variety of American English (in some varieties it becomes a flapped /d/) and the entire discussion of /t/ > /f/ is therefore gratuitous; (c) *recordman* is a gallicism ("de fabrication française" according to Albert Dauzat's *Dictionnaire étymologique*), the English term being *record-holder*; (d) Spanish *iceberg* can be derived directly from English and/or French (p. 52); (e) American English has *Government* or *Administration* and British English only the former (p. 71); (f) *te* 'tea' is sometimes spelled *the* in Spanish not only so that it will appear to be more English, but also simply because this is the French spelling too (with an *accent aigu*) (p. 71); (g) most of the American English terms in *-teria* (*caketeria* 'store where cakes are sold', *drugteria* 'drugstore', etc.) mentioned by Mencken are now obsolete (p. 76) — most of them were in fact ephemeralisms; (h) *ves visiones* is properly rendered 'you're seeing things' (p. 81); (i) *edificio de gran standing* contains another pseudo-anglicism (cf. French *de grand standing* 'luxury' [as applied, for example, to apartments]) (p. 81); (j) "I have been married twenty years but I got a divorce yesterday" is used, together with "I had been..." and "I was..." — the differences must be investigated (p. 103); (k) Mexican Spanish has *tengo diez años viviendo en Guatemala* (corresponding to European Spanish *llevo diez años...*) (p. 120); (l) *speaker* 'announcer' and *smoking* 'tuxedo' are probably not "desusadas" in English because they have never been used in English with these meanings! — they are doubtless gallicisms (pp. 129-130); (m) finally, my eye was caught by two verbal usages in Lorenzo's Spanish itself which are noteworthy: "hace veinticinco años hemos visto volar sobre Madrid..." (p. 65) and "El año pasado se ha publicado... un interesante libro..." (p. 69). The book is noticeably free of printing errors (but read *votre*, p. 34; *plait*, p. 87; *Key West*, p. 130).

E

16. FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *ABC* [Madrid], 4-VIII-1966, págs. 3-4 (sección «Mirador»; aparece una foto del autor de la obra reseñada; en todos los casos elimino la forma equivocada *de* utilizada por el recensionista al nombrar a nuestro estudioso, que no se llama «Emilio *de* Lorenzo»; realizo pequeños reajustes ortotipográficos):

Emilio Lorenzo, catedrático de la Universidad de Madrid, ha reagrupado en forma de libro nueve estudios y notas sobre la evolución del castellano actual, es decir, sobre las tendencias que apuntan en el idioma hablado. Las dificultades del empeño no son escasas porque, como dice el autor, se trata de un campo «fluido, inestable [...] e inabarcable».

En el primer trabajo, Emilio Lorenzo registra los siguientes fenómenos lingüísticos: pérdida paulatina del sonido representado por la grafía *ll* y triunfo del llamado *yeísmo*, lo que implica la desaparición de las diferencias fonéticas entre vocablos tan distintos como *pollo* y *poyo*, *halla* y *haya*. Otro hecho es la tendencia a disminuir la inflación de plurales que caracteriza al español, unas veces porque el adjetivo se deja invariable, como en la expresión *niños pera* y *paisaje malva*, otras porque se sobrentiende la preposición *de*, por ejemplo, *yeguas purasangre*, o porque en los compuestos se deja en singular uno de los elementos, así *sacacorchos* y *portalámparas*. También anota las expresiones que, como *había mucho niño*, permiten dar una idea de pluralidad con los vocablos en singular. Se advierte, además, una tendencia a atribuir a algunos sustantivos una función adverbial: «estuvo *fenómeno*» y «se divertieron *horrores*». Finalmente, llama la atención sobre el constante incremento de preposiciones: además de las 19 que reconoce la Academia, enumera *durante*, *salvo*, *excepto*, *mediante*, *allende*, etc.

En el segundo estudio el autor se detiene sobre la creciente aceptación de plurales con dos consonantes, generalmente procedentes de voces extranjeras, como *boers*, *clubs*, *soviets*, *fiords*, *films*, *flirts*, *halls*, etc. No obstante, el autor reconoce que hay una resistencia del español a aceptar ciertos grupos consonánticos totalmente exóticos; así *standards*, *tests*, etc.

El tercer artículo es una glosa a la invasión de anglicismos. El diccionario de Alfaro, publicado en Bogotá en 1948, enumera 1200 voces inglesas en proceso de asimilación por el español de Hispanoamérica. Pero Emilio Lorenzo cree que más grave que la incorporación de neologismos es «la intrusión de expresiones y modos de decir que solapadamente perturban el buen funcionamiento del organismo idiomático» castellano. Además de los ya citados plurales en consonante y *s*, hay numerosas construcciones como *los años treinta*, *por favor*, el empleo de *administración* en vez de *gobierno*, la utilización de nombres geográficos y de personas con la grafía inglesa, *Tschaikowski*, en lugar de *Chaikofski*[.] que sería la transliteración del ruso. Para valorar los efectos de la penetración del inglés en el castellano, el autor emplea duras palabras: «estragos» y «dañinos y peligrosos efectos[...] que alteran constante pero imperceptiblemente la estructura de la oración».

El cuarto trabajo es un análisis de las formas de expresión del ruego y del mandato, distintos del simple imperativo. Se puede mandar también con una interrogación (¿quiere usted abrir la puerta?), con un presente de indicativo (*tú te quedas*), con un infinitivo ([*i*] *a trabajar*[.]), con un subjuntivo ([*j*] *que te calles*[.]), con un gerundio (*ya te estás callando* o *vete cerrando* [*las puertas*]). Pero es que, además, el castellano tiene dos formas perifrásticas de mandato: *debes dormir*, *tienes que dormir*. En cambio, el auténtico imperativo, sobre todo el plural (*venid*, *volved*), está en decadencia, acaso por la inestabilidad de la *d* final.

El quinto ensayo versa sobre las transformaciones del verbo español y, especialmente, sobre la extensión del presente hacia el pasado y el futuro. El autor analiza tres casos típicos correspondientes al uso de los verbos *llevar*, *acabar* y *estar*. Por ejemplo, *llevo en Madrid dos años* es un presente que significa un pasado. Lo mismo ocurre con *acabo de terminar*. Y como el presente (*come*) es, según el autor, «sumamente movedizo, con orientación decidida hacia el futuro», surge la fórmula más exactamente presente *está comiendo*. En la expresión *ir entrando* se acentúa el carácter progresivo de la acción. Esta rebeldía del verbo español a significar lo que gramaticalmente le correspondería lleva a Emilio Lorenzo, en el sexto de sus estudios, nada menos que a preconizar «un nuevo planteamiento». Le inducen a ello numerosas formas «de uso diario que no está codificado, encasillado ni explicado». Es el caso de presentes con función de condicional: *si tengo tiempo*[.] *te escribo*; del imperfecto en función de potencial: *si tuviese teléfono*[.] *te llamaba*. Todo ello revela también la decadencia del subjuntivo, que unas veces se substituye por el presente (*si tengo tiempo*) y otras por el futuro (*cuando él vendrá*).

En el penúltimo de sus artículos el autor, después de hacer un caluroso elogio del *Diccionario de dudas*, de Manuel Seco (Madrid, 1964 [2.^a edición]), se queja, entre otras cosas, de la tendencia actual a no utilizar las formas castellanas de nombres geográficos extranjeros como *Ratisbona*, *Cayo*, *Hueso*, etc. Finalmente, Emilio Lorenzo consagra un breve pero denso artículo a refutar la tesis de Alfaro, en su *Diccionario de anglicismos* (1964), de que «intolerable es la práctica de intercalar adverbios entre una inflexión del auxiliar *haber* y un participio, como suele hacerse en inglés». Ejemplos de este defecto: *habían infructuosamente tratado*, *había antes tomado*. Nuestro autor cita numerosos casos frente a la opinión de Alfaro. Casi siempre los vocablos interpolados son *ya*, *más*, *menos*, *ni*, *siquiera*, *nunca* y *siempre*. Ejemplos: *no había siquiera soñado*, *había incluso nacido en ella*, *había ya dado a conocer*.

* * *

Hay comunidades lingüísticas, como la francesa, en las que el idioma es objeto de un estudio detenido y profundo desde la infancia. Con ello se logra no sólo el rigor expresivo, sino también el mental. De un galo, Condillac, es la sentencia «una filosofía es un diccionario en orden». Siempre he creído que el llamado «cartesianismo» francés se reduce, en gran medida, a un concienzudo aprendizaje de la gramática. En otras comunidades lingüísticas ocurre lo contrario: apenas se estudia el idioma y, lo que es más grave, se inculca a las gentes un cierto desprecio hacia las «gramatiquerías» y «formalismos». Este es, desgra-

ciadamente, el caso de España, uno de los países de Europa en donde los ciudadanos escriben peor su propia lengua. El espectáculo de nuestra literatura epistolar es, de ordinario, deprimente. Algo análogo habría que decir de la prosa de nuestras obras didácticas y de las traducciones. El castellano es la lengua más maltratada que conozco. En el máximo titular de la primera página de un rotativo se podía leer hace un par de días el barbarismo *amaraje*. En problemas de la importancia del posesivo, el pronombre y el subjuntivo impera la anarquía, incluso entre los escritores profesionales. Es más, últimamente se ha generalizado un «informalismo» estilístico que en muchas ocasiones es, pura y simplemente, canonización del anacoluto, crimen de leso idioma e ignorancia crasa de su sintaxis. Por eso me parece del máximo interés una obra como la de Emilio Lorenzo, auténtico sondeo en algunas de las zonas turbias de nuestra lengua. A sus descripciones añadiré algún juicio de valor.

Lamentable me parece la confusión fonética entre la *ll* y la *y*, pero ¿se ha preocupado alguien en la escuela, en la Universidad, en el teatro y ante los micrófonos de corregirla? Los procesos de diferenciación son enriquecedores y progredientes, los de indiferenciación son síntoma de decadencia y disolución. Más [Mas] la cuestión está en pie también a propósito de la distinción entre la *b* y la *v*. La tendencia del castellano hablado es a equipararlas, con lo que *acerbo* viene a sonar lo mismo que *acervo*. También tiende a perderse la *h* intercalada de *alcohol*, *azahar*, etc. ¿Por qué? Puro abandono y retirada a la línea de menor resistencia fonética.

Creo que, como señala Emilio Lorenzo, el castellano sufre una inflación de plurales. El ejemplo que cita es característico: la frase española *todos los animales salvajes que viven allí* tiene cinco vocablos en plural; su correspondiente inglesa tiene sólo uno: *all the wild animals that live there*. Nuestros párrafos son, frecuentemente, una catarata de *e s e s*. Hay que tratar de evitarlas. Muchas de las fórmulas que aduce nuestro autor me parecen excelentes. Prefiero *paisajes malva* a *paisajes malvas*. Y así sucesivamente. Los plurales que yo llamaría «pluriconsonánticos» no veo por qué han de ser proscritos. Muchas veces son simple herencia de los idiomas originarios. En algún caso Emilio Lorenzo recoge, magnetofónicamente, fórmulas que me parecen erradas, porque tienen sus correspondientes más en consonancia con el espíritu del idioma. En lugar de *films*, *filmes*; y en vez de *fiords*, *fiordos*.

Efectivamente, el inglés no sólo está espolvoreando de voces, no siempre intraducibles, nuestro léxico, sino que, además está arañando la estructura sintáctica del castellano. Coincido con Lorenzo en que esto último es lo grave y lo inaceptable. Por lo que al vocabulario se refiere, una cierta laxitud me parece recomendable. Pero hay excepciones. Debe tratarse de encontrar un vocablo castizo: el de *azafata* fue un éxito. En su defecto, debe intentarse una castellanización, como *fiordo* y, desde luego, en ningún caso puede tolerarse el colonialismo idiomático con los nombres propios que recibimos de otras lenguas a través del inglés. El caso de *Chaikofski*, con ser claro, no me parece de los más representativos. Es en los atlas en donde nuestra docilidad llega a extremos vergonzosos. ¿Por qué decimos *Bombay* y *Calcuta*? Porque así escriben

los ingleses los nombres de unas ciudades que ellos pronuncian como los propios indios, es decir, *Bombey* y *Calcuta*. Esta situación podrá extenderse a centenares de topónimos. ¿No debería construirse una comisión de geógrafos y de lingüistas para evitar que designemos a una gran parte del globo con fonemas que no se parecen a los originarios y que son el modo español de pronunciar los ingleses?

No hay duda de que el castellano actual tiende a evitar el imperativo. Pero creo que la explicación no es morfológica, sino psicológica. Es un problema de delicadeza en la mayoría de los casos. Los[Lo] patológico no es la sustitución del *abre* por el *¿quieres abrir?*, sino la de *id a casa* por el *ir a casa*. La confusión del infinitivo con el imperativo, de origen fonético, es sencillamente monstruosa. ¿Se hace algo por evitar esta degeneración verbal? Hay, ciertamente, una inestabilidad de la *d* final, incluso en nombres como *Madrid*. Pero sólo hay un modo de evitar que esa inestabilidad se convierta en pura y simple vocalización: enseñar en la escuela, en la escena, en la radio y en la televisión a pronunciar esa terminación consonántica.

Muy sagaz es el estudio de los preteritismos y futurismo que hay en nuestro presente verbal y de otras formas fronterizas entre los diferentes tiempos. Pero Emilio Lorenzo recoge del idioma hablado fórmulas que no tengo por convincente[s], pues me parecen rotundamente incorrectas: *si tengo tiempo te escribo, si tuviese teléfono te llamaba, cuando él vendrá*. Las tres frases son inaceptables, sobre todo las dos últimas. Son concordancias vizcaínas. No dudo que se pueden oír allí y acá, y que incluso se pueden leer. Pero es una pena. Una cosa es la normalidad gramatical y otra la aberración. Hay que restaurar el potencial y el subjuntivo. Este último tiende a perderse en las lenguas románicas. Salvémoslo. Es un tesoro de matices. He aquí otra gran tarea escolar.

Justísimo es el elogio al *Diccionario de dudas*, de Manuel Seco. Es éste un excelente instrumento para resolver los problemas de nuestra *a r d u a* y desconocida lengua. Quiero aprovechar también esta ocasión para recomendar el excelentísimo *Manual de gramática española*, de Rafael Seco, el mejor de los disponibles. Son dos libros que no deben faltar sobre la mesa del escritor español.

Los ejemplos que para desmentir a Alfaro aporta Emilio Lorenzo no son definitivos. Sí queda demostrado que no es una regla inexorable y absoluta la prohibición de intercalar adverbios entre el auxiliar *haber* y un participio; pero sigue siendo el principio general. Tal interpolación es casi siempre incorrecta y, en la mayoría de los casos, de dudoso gusto y fácilmente sustituible. Las fórmulas *más que, menos que, etc.*, son las excepciones.

Emilio Lorenzo huye sistemáticamente de «todo intento de generalización». Suele limitarse a inventariar. Cuando apunta alguna ley, como la muy sugestiva sobre la lenta desaparición del *p u d o r* español a utilizar el *mi*, la rodea de reservas hipotéticas. Esto se llama espíritu científico, algo que hemos de esforzarnos en restaurar frente al frívolo y audaz ensayismo de los noventaiochistas y de sus epígonos. Pero Emilio Lorenzo acaso vaya demasiado lejos en su objetividad descriptiva cuando da poco menos que carta de naturaleza a fórmu-

las inaceptables. Y también cuando guarda inquietante silencio respecto a lo que tiene por correcto o incorrecto. No es petulancia, sino cumplimiento de un deber por parte del filólogo y del escritor, la declaración de sus preferencias. ¿Quién entonces ha de tener autoridad para conservar y perfeccionar el idioma?

El español de hoy, lengua en ebullición es una valiosa avanzada lingüística y un vivero de incitaciones para todo el que sabe cuán difícil es el castellano y cuánta nuestra ignorancia sobre él. Hay que devolver a la gramática su lugar de privilegio. No es un formalismo huero; es uno de los magnos instrumentos del rigor mental, o sea, de lo que más necesitamos.

17. ARCE, Joaquín: *Filología Moderna*, VII/25-26/1966-67, págs. 196-199:

Ahondar con la atención estática del observador en un organismo vivo y complejo como es la lengua, tratar de percibir su íntimo palpar para sorprenderle en su curso, en sus desviaciones o tendencias, en sus fisuras o anquilosamientos, es siempre tarea arriesgada. Se necesita una sensibilidad alerta, comprensiva, alejada de la actitud correctora del pedante, enamorada del hecho lingüístico por sí mismo, sea el que sea, como manifestación de una comunidad viviente. Los gramáticos a la antigua operaban sobre un organismo previamente anestesiado, inmovilizado, para poder encasillarlo a sus anchas. Y una vez encasillados los fenómenos de carácter general, se eludían los problemas, bien ignorándolos, despreciándolos o considerándolos aberrantes. La actitud de Emilio Lorenzo, es decir, la de un lingüista ante la lengua de hoy, es completamente diversa. No hay que asustarse ni dolerse de los resultados; hay simplemente que observarlos, constatarlos y, en la medida en que esto sea posible, orientarlos. Hay que tener un oído muy fino para percibir el leve chirriar de la pieza que comienza a oxidarse, para notar las quiebras —y los quiebros— del sistema lingüístico, obligado a recuperar el equilibrio que arriesga continuamente en sus perennes mutaciones.

Que el español de hoy sea una lengua en ebullición es indiscutible. Son muchas hoy las presiones, las fuerzas que actúan sobre todas las lenguas; pero no cabe duda que las que tienen una gramática poco codificada —como el español, como el italiano—, aquellas a las que la gramática les ha quedado siempre como un traje estrecho, son las más sensibles a este proceso. Tan escasos son en nuestra lengua los observadores capaces de tomarle su pulso en un momento dado, de percibir sus taquicardias, que es obligación nuestra estimular a Emilio Lorenzo, lingüista por instinto y profesión, a hacer en su día esa exposición sistemática, que nos apunta, del español de hoy. Es tarea a la que no puede ni debe renunciar y cuya base se halla en el estudio que forma el primer capítulo del presente libro, una vez integrado con toda una serie de aportaciones parciales, propias y ajenas, presentes y futuras.

El libro que comentamos está formado por un conjunto de trabajos, unos ya conocidos por los especialistas, otros nuevos. La unidad del conjunto se salva porque todos tienden a un fin: penetrar en esa realidad movediza del español

hablado a través de todos los planos que componen el sistema lingüístico. Se trata de calas en los diversos estratos de la lengua, no las únicas, ni siquiera las más obvias, sino precisamente las que pretenden ahondar en fenómenos muy alejados de aquellos que son más o menos abordados en las gramáticas usuales.

Tras un ceñido y certero prólogo de Dámaso Alonso (que nos recuerda que «la lengua es presente absoluto como nuestras vidas y tan inestable, tan inconstable como ellas»), hay una introducción del propio Lorenzo, donde se precisa, con otras afirmaciones a lo largo del libro, su propósito y su método: enfoque sincrónico-diacrónico, ya que si la investigación pertenece casi de lleno a la sincronía, no puede olvidarse la otra perspectiva: no se trata, en efecto, de fijar un «estado» de lengua, sino de examinarlo en su devenir, en los fallos o tendencias que le imprimen los hablantes. A la exposición, que «pretende ser sincrónica», pero con objetivos que «pertenecen a la perspectiva diacrónica» (p. 23), hay que añadir el «criterio funcionalista» (p. 117) y, sobre todo, el hecho de basarse en el español hablado de hoy.

Aparte los índices, siete capítulos [ocho y uno de ellos con dos trabajos] componen el libro, desde la visión panorámica del capítulo primero sobre el español de 1965 a los restantes, que no hacen sino confirmar o ampliar, más rigurosa y monográficamente, aspectos señalados en el panorama previo, principalmente morfológicos, lexicales y sintácticos.

Al campo estricto fonológico-fonético no está dedicado, salvo las naturales interferencias, ningún estudio especial. Pero en el primer capítulo sí están apuntados algunos rasgos que merecen mención. Junto con el conocido avance del yeísmo y un todavía impreciso fenómeno de nasalización que parece distinguir cierta habla femenina madrileña, me parece más digno de relieve esa regresión que el autor observa en las nuevas generaciones, «especialmente en mujeres» (p. 24), tendente a la articulación plena de la *-d-* en los participios, condicionada por el femenino de la primera conjugación.

A la flexión nominal de género y número pertenecen dos hechos curiosos: la abundancia española de nombres femeninos en *-o* (que podría ponerse en relación contrastante y sugestiva con los numerosos masculinos en *-a* del italiano) y la reciente forma de plural de los nombres extranjeros con la adición de una *-s*, aun cuando no exista esta desinencia de plural en la lengua originaria, dando lugar a agrupaciones consonánticas inexistentes en el sistema. Sólo una observación: que «prácticamente todos los apellidos» queden invariables en cuanto al plural no puede afirmarse de modo general: frente a *los Quintero* y *los Machado*, tenemos *los Moratines* («bajo la dirección de ambos Moratines»: Menéndez Pelayo, *Est. y disc.*, Ed. Nac., IV, 22).

Sobre el uso del posesivo, me resisto a creer en esa limitación de la lengua española, a la que también se refiere Gili y Gaya en su *Sintaxis*. Indiscutible es su empleo más reducido que en inglés; pero esta comparación con lenguas de estructura no afín tiene poco valor probatorio. La comparación con el francés sí puede parecer más convincente. Sin embargo, al parangonar el español con las lenguas más afines y paralelas en su desarrollo, el italiano y portugués, se observa el incremento expresivo que adquieren los posesivos españoles, sobre todo en los casos en que no se trata de la materialidad de la posesión. En mi

comunicación al último Congreso de Filología Románica, del que aún no se han publicado las actas, queda claramente constancia del aumento necesario de posesivos que precisa el español al traducir del italiano, como lo demuestra el que es sin duda el traductor más consciente del Siglo de Oro, Juan de Jáuregui¹.

Para evitar el riesgo de conclusiones aventuradas en la comparación con otras lenguas, es siempre preferible tener en cuenta las más cercanas estructuralmente. Así, por ejemplo, cuando agudamente se insinuó la sugestiva interpretación de que *hace* en *hace ocho días* pueda ser preposición (p. 43, n.), como ocurre en alemán, más propio parece pensar que el italiano *otto giorni fa* hace vacilar, por el mismo procedimiento comparativo, ese nuevo planteamiento.

Salvadas estas minúsculas cuestiones de enfoque, que pretenden abrir nuevos campos de enfrentamiento con el fenómeno lingüístico y no limitar el que ha resultado tan fecundo en el libro objeto de esta reseña, no cabe más que aludir a la serie de rasgos que van definiendo ese español [de] 1965 y que deben ser estímulo de investigaciones y ensanchamientos ulteriores: así, el expresivo *lo* ponderativo, que contagia también a otros artículos; el desarrollo de nuevos sufijos; los sustantivos con valor adverbial; las posibilidades de la forma negativa en español; el distinto planteamiento y cómputo —por sustracción y adición de las admitidas por la Academia— de las preposiciones; la influencia extranjerizante que se insinúa en el incremento reciente del *por favor* español; el valor enfático del futuro en relación con el presente; la monotonía que supone la colocación del sujeto en español en el primer lugar, como tienden a hacer los traductores poco escrupulosos y poco sensibles; la interpretación abierta, no cerrada ni cerril, de la variante sintáctica que supone colocar entre el auxiliar y el participio pasado un adverbio, pronombre o nombre (¿por qué no una conjunción, a juzgar por una frase del propio E. Lorenzo, página 155: «Hemos, pues, concentrado nuestra indatación...»?), que no hay motivo para interpretar siempre como extranjerizante, etc.

No son los hechos lingüísticos mencionados los únicos aludidos en el libro que comentamos, si bien no a todos corresponde un estudio detenido. Lo importante —me parece— es el intento de fijar la nueva fisonomía de la lengua en ebullición. La categoría gramatical abordada de modo más sistemático resulta el verbo, al que se hallan dedicados tres de los capítulos. El nuevo plan-

[¹] El trabajo a que se refiere el Dr. Arce se titula «Italiano y español en traducción clásica: confrontación lingüística», en *XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románica* [1965], CSIC, Madrid, 1968, págs. 801-816 (t. II): actas publicadas por Antonio Quilis con la colaboración de Ramón Blanco Carril y Margarita Cantarero (en relación con el uso de los posesivos, véanse las páginas 809-814). Dicho estudio se halla integrado en su libro *Tasso y la poesía española. Repercusión literaria y confrontación lingüística*, Planeta, Barcelona, 1973; 8: «El *Aminta* español y el *Aminta* italiano. Confrontación lingüístico-estilística y léxica» (págs. 157-255); 8.2.2, págs. 165-170: «Determinantes gramaticales». Véase también, a efectos de ampliación de algunas de las ideas de la reseña, su artículo «Español e italiano. Contrastes fonéticos-fonológicos, morfosintácticos y léxicos», en *Pliegos de Cordel* [Instituto Español de Lengua y Literatura, Roma], 1-2/1976, págs. 27-43 (posesivos: § 2.6, págs. 37-38).

teamiento está en relación con el hecho de que así como hay algunos tiempos en franca decadencia, otros rebasan con mucho los límites que tradicionalmente se les asignan. Algunas de las llamadas por Gili y Gaya *frases verbales* adquieren una nueva dimensión, como, por ejemplo, *acabar de*, rica en matices temporales y afectivos muy diversos, que se propugna como incluíble entre los tiempos verbales; *ir+gerundio*[.] de indudable aspecto progresivo, pero que no es esencial, ya que mejor se expresa el valor continuativo con *seguir+gerundio*; el ámbito especial que adquiere *llevar* con complemento temporal y referencia local; y otras más.

El aspecto tipográfico del libro es impecable (apenas si he encontrado un «estructurista», p. 85, que es errata material); y las referencias bibliográficas, exactas e indispensables. Pudiera, si acaso, haberse añadido en el verbo, de E. Alarcos Llorach, *La forme «cantaría» en espagnol (mode, temps et aspect)*, en las Actas del IX Congreso Internacional de Lingüística Románica, Lisboa, 1959 [y posteriormente en su libro *Estudios de gramática funcional del español*: Gredos, Madrid, 1970, ³1980].

No sólo por lo que aborda, sino por lo que apunta o sugiere es importante este libro de Emilio Lorenzo, de quien todos esperamos siga en esta tarea y en este fecundo campo de exploración. Esta misma revista debiera ser una ventana abierta, en forma de consultas, a esa problemática siempre viva de las lenguas habladas hoy.

18. FERNÁNDEZ-GALIANO, Manuel: *Atlántida* [Madrid], V/29-30/1967, páginas 534-538 (sección «Libros»; el comentario se titula «El español en ebullición»):

Nuestro idioma necesita muchas personas como Emilio Lorenzo. Finos observadores, atentos al más sutil matiz, provistos de antenas siempre prontas para detectar y registrar las tendencias de la lengua. Con criterio, desde luego, realista y positivo. La era de los cancerberos puristas ha pasado. Y con una escala de valores dentro del idioma mismo. Los pesimistas se rasgan las vestiduras ante la invasión de extranjerismos traídos por el cine y la televisión, la mayor frecuencia de los viajes, etc. Efectivamente, éste es grave peligro. Hay que defender de él al español. Pero dándose cuenta, y en ello Lorenzo ha insistido ya varias veces, de que, con ser nocivo todo nuevo rasgo que tienda a desfigurar nuestro tesoro idiomático, una de las más preciadas facetas de nuestra vida nacional, resultan más amenazadores los riesgos que atacuen no al vocabulario, en que los procesos de absorción o expulsión del cuerpo extraño se producen individualmente y sin profundas reacciones en cadena, sino a la sintaxis, estructura y alma misma de la lengua. Lorenzo hace notar con razón que ciertas expresiones muy criticadas de los doblajes de la televisión (*liviano, durazno, receso*) son de la más pura alcurnia hispánica, mientras que, en cambio, *aguardando por mí* o *qué bueno que viniste* hieren los oídos y la mente como claros y ominosos barbarismos.

Emilio Lorenzo lleva, pues, varios años en este difícil papel de espectador y árbitro del proceso de ebullición —nunca mejor empleada la palabra— a que

al castellano somete el siglo xx. «La lengua —dice Dámaso Alonso en su bello prólogo— es como una cinta que se fuera destrabando por uno de sus extremos (los puntos donde obsolece) y urdiéndose por el otro (por donde se innova)». Sobre este inestable trenzar y destrenzar, con el más ferviente deseo de que no sobrevengan adherencias o protuberancias monstruosas que rompan el difícil equilibrio, se inclina atento, con otros hombres beneméritos de nuestra generación, el catedrático de la Universidad de Madrid.

Ahora nos presenta recogidos varios trabajos de diversas fechas¹. Alguno de ellos se remonta a hace tres lustros; y es precisamente sintomático, por lo que denota de rapidez en el desarrollo de las tendencias lingüísticas, que, tras tan breve espacio de tiempo, haya sido preciso añadir una nota que observa, entre otras cosas, cómo la lengua, con magnífico poder de reacción y adaptación, está cada vez más resolviendo el difícil problema de los plurales de palabras de origen extranjero (*los soviets, los accesits*) con el ágil sistema que consiste en mantener no flexionado el vocablo espinoso, como en *los stand, estos test* o, en tales casos sin problema fonético, *mil Simca* o *los Telediario*.

Los estudios reunidos en este libro son de muy diversa índole: un panorama general del presente y futuro de la lengua en la fecha en que se escribió el artículo, 1965 (con cuestiones tan interesantes como la evolución *-ado > -ao* en los participios o la repugnancia instintiva del español a prodigar el posesivo, rasgo de verdadera elegancia racial, o la preferencia creciente hacia las «preposiciones impropias» como *debajo de, detrás de, frente a* las «propias» y tradicionales *bajo, tras*); el citado trabajo sobre la formación de plurales, unido a una aguda nota sobre femeninos en *-o*; un largo *conspectus* del problema de los anglicismos, con observación final en que se hace un balance pesimista de los últimos doce años, sobre todo por lo que toca a la sintaxis, donde traductores malos o negligentes están imponiendo rasgos tan ajenos al genio de nuestra lengua como el orden casi invariable sujeto-verbo y la voz pasiva; un análisis muy fino de la gran variedad de expresiones que en castellano se utilizan para el ruego y el mandato (lo cual es fenómeno que comparte con el griego y que tiene su base, pienso, en la coincidencia del cortés deseo de no aparecer rudo al mandar con el ansia por dar más energía a la orden que es causa de desgaste lógico de sucesivas expresiones); otra nota sobre determinados modismos vecinos a *ser* o *estar*, del tipo de *lleva aquí dos años, acaba de levantarse, acabó por levantarse, iban entrando uno a uno, se puso a escribir*; una ojeada rápida al actual inventario de tipos y modos verbales; y jugosos comentarios a obras muy importantes desde el punto de vista del español hablado como son el *Diccionario de dudas*, de Seco² y *El español coloquial*, de Beinhauer, en su traducción castellana editada por Gredos.

Ante tan rica cosecha de hechos e investigaciones, al menos experto en estas líderes no le queda más que aprobar rotundamente o, en todo caso, acudir de

¹ Emilio Lorenzo, *El español de hoy, lengua en ebullición*, prólogo de Dámaso Alonso, Madrid, Editorial Gredos, 1966, 177 páginas.

² Cfr. Fernández-Galiano, *Por una lengua mejor*, «Atlántida», 3 [III-6], (1965), 428-32.

modo tardío con media docena de pobres espiguillas que el autor seguramente no descuidó, sino juzgó indignas de su atención. Veamos alguna pequeña apostilla.

En cuanto al paso *-ado* > *-ao*, es preciosa observación, sobre la que hemos hablado varias veces Lorenzo y yo, la de que la mayor frecuencia de la regresión entre las mujeres se debe a la mayor resistencia también de la *-d-* en los participios femeninos de la primera conjugación. Y esto ocurre sobre todo en los colegios, donde las niñas tratan generalmente con otras personas de su sexo. De *estoy casada* se pasa con facilidad a *no seas pesada* y de ahí a *no seas pesado* para terminar el ciclo en *estás cansado*. Pero el fenómeno es ya antiguo. Alguna vez he hecho notar que a [entre] personas cultas de setenta u ochenta años se oye *el paseo del Prao* (como en el caso de barquilleros de *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente*) o el *señor Maldonao*, cosa que en nuestra generación no ocurre.

Emilio [Lorenzo] se declara beligerante contra el yeísmo. Creo que éste es problema ya resuelto en sentido opuesto por el hablante castellano, cada vez más influido por los dialectos meridionales. En todo caso, la coincidencia *pollo/poyo* no parece mucho más perturbadora que las de *vaca/baca* o *vasto/basto*.

Sobre plurales, Lorenzo cita *dos set*, y apuntaré de paso que he oído en un bar una estupenda demostración del gran poder asimilativo de nuestra lengua: *están televisando el segundo seis*; el *set* consta en principio de seis juegos y el camarero simplifica garbosamente el problema de la *-t*.

Se dice que la lengua no acepta, para los extranjerismos, el plural *-es*: sin embargo, yo conozco *póqueres* aplicado a la jugada, no al juego. En cuanto a *specimens* o *especimens*, no estoy de acuerdo con su inclusión en el grupo difícil de *placets*, *quorums* y *tandems*, pues está clarísima la necesidad de que se imponga *especímenes* como *regímenes* y *crímenes*. Más curioso es el caso de otros plurales de neutros latinos: en español no cuajarán jamás *memoranda*, *referenda* ni *alba*, mientras que han sido fáciles soluciones el paso al tipo femenino en *-a* (helenismos *achicoria*, *bacteria*, *Biblia*, *camomila*, *cereza*, *cizaña*, *crónica*, *ostra*, *paradoja*, *sábana*, *sandalia*, *triacá*, como *arma*, *boda*, *leña*, *obra*) o al masculino en *-o* (*dato*, *hilo*, *vino* con plurales en *-os*). El plural de *desideratum* no ofrece problemas, pues en el sentido de «cosa deseable» viene a ser un singular *tantum*, pero *la desiderata* es una lista de cosas que faltan, paralelo de *la separata*, que ha necesitado adquirir un doble signo de plural en *las separatas*; y, en cambio, están en plena «ebullición» los de los hoy muy empleados *curriculum* (deberíamos esforzarnos por generalizar *currículos*) y *symposium* o *symposion*, para el que una vez aconsejé al difunto y querido Albareda que en el Consejo empleara siempre *simposio/simposios*. En cuanto a helenismos como *asindeton* o *colon*, Lorenzo registra duda entre *hipébatos* (Dámaso) o *hipébatons* (Machado), donde es preferible la solución de Alonso, que tiene centenares de precedentes en palabras tomadas al griego o al latín; pero hay una tercera, *hiperbatón/hiperbatones*: una vez defendí a Martín Almagro, de quien se comentaba que dijera *alabastrones* para referirse a un tipo de vasos griegos (*alabastros* se aplicaría al material), y la práctica, estudiada detenidamente por Moldenhauer³, se encuentra en multitud de ejemplos, muy clásicos algunos de ellos, como *almidón*,

cronicón, embrión, enquiridión, epiplón, esternón, gazafatón, lexicón, odeón (orfeón es analógico), panteón, Satiricón.

En cuanto a femeninos en -o, y a modo de inciso, permítasenos pasar revista al rico panorama de derivaciones españolas de nombres femeninos con penúltima larga en -ago/-aginis e -igo/-iginis. Tenemos cultismos femeninos tomados directamente al nominativo (*virago*, cuya vocal final ha sido preservada por un afán de resaltar la anormal masculinidad del tipo; *imago* en su sentido biológico; *Cartago* frente al it. *Cartagine*), quizá en algún caso con acentuación esdrújula (digo «quizá» porque me parece probable que en *la cartilago*, registrado por Fernández Ramírez, haya realmente un *la cartilago*); otros en que la -o ha traído paso al masculino (*lumbago* y *prurigo* y los desusados *farrago*, *mucilago*, *vertigo*) o en que, además, han prevalecido acentuaciones incorrectas (recuérdense aberraciones como *méndigo*) por paralelismo con los tipos *murcié-lago/pié-lago* o *albérchigo/canónigo* (*fárrago*, *impétigo*, *mucílago*, *vértigo*); cultismos femeninos en -ine (*calí-gine*, *vorá-gine* y los desusados *cartilá-gine* y *origine*); un caso al menos de galicismo en que ha surgido un raro sufijo (*plombagina*); semicultismos femeninos en -en (*imagen*, eclesiástico, y los desusados *cartilagen*, *origen* y *voragen*); masculino del mismo tipo *origen*, con género tomado quizá a *principio*; femenino popular *sartén* procedente de -aine; masculinos *herrén*, *llantén* y el americano *sartén*, cuyo género se deberá a influencia de formaciones como *andén* o *sostén*; y, en la sufijación paralela -iginem, el asturiano *calisma*[.] en que se cruzan el sufijo de *crisma* y *cisma* con el resultado que debió haber producido *calí-gine*. Todo ello curiosísimo.

Por lo que toca a derivados de femeninos griegos de la segunda, tenemos varios sistemas. Hemos hecho masculinos a rajatabla los derivados de *hodós* «camino» (que debería su género a la estructura cóncava de un camino excavado), como *ánodo*, *cátodo*, *éxodo*, *método* (fr. *la méthode!*), *período*, *sínodo* (es notable que Fernández Ramírez registre *la sínodo*), mientras que, al introducir un neologismo de carácter técnicoliterario [tecnicoliterario o técnico-literario] del tipo de *pá-rodo*, nos tiente a los helenistas la posibilidad de adscribirle el artículo femenino; los de *nê-sos* «isla» o «península», posible antiguo adjetivo que se aplicaría a «tierra» en el sentido de «rodeada por el mar» (*Dodecaneso*, *Peloponeso*, *Quersoneso*); los dendrónimos, como *plátano*; los derivados (*aerolito*, *monolito*) de *lithos* «piedra», femenino seguramente por analogía de *pétra*; *plinto*, cuyo antecesor griego habría obedecido a la misma influencia. Algunos derivados de la forma femenina, traída por el sustantivo implícitamente suplido, de ciertos adjetivos griegos de dos terminaciones han generalizado la -a: *amatista* (aplicado a «piedra» y que puede compararse con el antiguo sustantivo *smáragdos*, femenino también por analogía de *lithos*, que el español ha transformado en *esmeralda*), *asíntota* («línea»), *canéfora* («mujer»). Pero en otros casos de este tipo se ha impuesto la masculinización, como en *dialecto* («lengua») o *diámetro* («línea») o hay duda: frente a *Las cóeforas* escriben colegas nuestros *Las cóeforos*, y todos llamamos *la páralo* o *la páralos* a la nave oficial ateniense.

³ Cfr. Moldenhauer, *Aportaciones al estudio lingüístico de los helenismos españoles, especialmente de la terminología médica*, en *Homenaje a Fritz Krüger*, Mendoza, 1954, tomo 2, págs. 217-46.

Sobre formas truncadas. Quizá estén hoy un tanto en retroceso: *tele* ha cundido mucho y *bici* y *moto* no hay quien las mueva, pero *profe* y *cole*, como *pre* y *preu*, parecen —quizá esto sea subjetivo— no ofrecer grandes perspectivas para el futuro.

Sobre diminutivos. Es apasionante el caso de los nombres de mujer, puestos bajo muy diversas advocaciones de la Virgen, cuyos tratamientos a este respecto son variados. Las advocaciones⁴ pueden corresponder a sustantivos femeninos o masculinos. Los femeninos pueden estar en singular o plural. Dentro de los femeninos singulares tenemos abstractos y concretos. Los abstractos ofrecen diminutivo normal (*Esperancita*, *Gracita*, *Glorita*, *Pacita*, *Piedita*, un poco forzado; *Salúta*, a partir de una pronunciación sin *-d*) o no lo presentan, al menos que yo sepa, por razones de eufonía o para evitar ridículas asociaciones de ideas (*Ascensión*, *Caridad*, *Fe*); pero también cabe que el abstracto sea sustituido por un participio femenino, como en el caso explicado ya por el propio Lorenzo (*Concepción*/it. *Concetta/Conchita*, considerado erróneamente como diminutivo/*Concha*, regresivo analógico/*Conchitina* como diminutivo disimulado, fenómeno que no aparece en el *Conchiteta* oído por nosotros en Cataluña) o en algún otro (*Asunción/Asunta*/terminación hipocorística *Chon*/diminutivo *Chonín* con sufijo masculino, como *Lolín* y como el *Amalín* que alguna vez he oído), o por una forma apocada (*Encarnación/Encarna/Encarnita*), o por un adjetivo femenino (*Soledad/Sola/Solita*, aunque últimamente guste más *Sol*, cuyo diminutivo *Solete* existe; *Purificación/Pura/Purita*). Son normales los diminutivos de concretos *Aurorita*, *Estrellita*, *Palomita*. En cuanto a femeninos plurales, la derivación es insólita en *Angustias* y normal en *Merceditas*, *Nievecitas*, *Virtuditas*. Los masculinos singulares pueden ser abstractos con diminutivo en *-o* normal (*Caminito*, *Consuelito*, *Socorrito*), formado una vez a partir de forma abreviada (*Patrocinio/Patro/Patrito*) o con derivación inexistente (*Tránsito*); o concretos sin sorpresas (*Corito*, *Pinito*, *Rosarito*, *Sagrarito*) o con variedad de formas (*Pilarín/Pilarito/Pilarcita*; recuérdese *Pilara*) o con una sola forma en *-a* (*Carmencita*) o con derivación incómoda y no atestiguada (*Mar*, *Roció*). De los plurales masculinos[,] el diminutivo de *Reyes* sería grotesco; *Santitos* es el nombre de una pintoresca viejecilla mejicana en *Los hijos de Sánchez* [de Oscar Lewis]; *Dolorcitos* sería risible, por lo que se ha recurrido a *Dolorettes* (título, creo, de una zarzuela) y *Dolorcitas*; en vista de que *Angelitos* recordaría al diminutivo de *Ángel*, la formación es *Angelines*, de donde, por analogía, formas como *Isabelines*; *Desamparados* ha sido suplido por el abstracto *Amparo* para que *Amparito* pueda tener forma normal; y *Milagritos* se usa solamente, que sepamos, frente a los positivos *Milagro* y *Milagros*.

Unas palabras, a modo de apéndice, sobre diminutivos de masculinos en *-as*. Aquí la *-a-* no desaparece nunca. No conocemos el de *Matías*, pero sí *Dimitas* y *Luquitas* y también *Sebitas* de *Sebas*, hipocorístico de *Sebastián*. En Navarra la tendencia a estos diminutivos es muy fuerte si se juzga por *Sabicas*, *Eliúcas* o *Deogracias*.

⁴ Cfr. el recentísimo trabajo de Ullrich, *Die marianische Advokation und ihre Funktion als Personennamen im Neuspanischen*, dis. Würzburg, 1966.

Dos observaciones sobre el ruso: quizá convendría haber insistido más en que debemos escribir y pronunciar las finales en *-eu/-ou*, no en *-ef/-of* ni en *-eff/-off*[,] como anotan gráficamente los franceses, y es, me parece, un pequeño error lo dicho sobre Moscú, que corresponde al acusativo[,] pronunciado *Maskví*[,] frente al nominativo[,] pronunciado *Maskvá*.

El caso de los *tuáreg*, si no estoy equivocado, es distinto de los demás citados en la página 31: se trata del plural de un étnico cuyo singular es *el targuí*.

En la página 145, Lorenzo anota con razón que la ortografía *¡ahí va!* no responde a la pronunciación *aibá*. Lo que ha ocurrido, creo, es que, cuando se arroja, por ejemplo, un balde de agua frente a una persona, lo que en un principio, *ahí va (el agua)*, era una verdadera frase (recuérdese el típico *¡agua va!*, tan usual en nuestras ciudades hasta el XIX) pasó a entenderse, por analogía con otros imperativos en *-a*, como un mandato equivalente a *apártate*. Lo deduzco del hecho de que en Sigüenza no era infrecuente que una persona cargada dijera a los chicos que le estorbaban *aibar de ahí* o *aibarsus de ahí*, con lo que vemos a la antigua forma interjectiva incorporada a un rudimento de flexión verbal. Casos parecidos, como es bien sabido, los hay en todas las lenguas. En el propio griego, a partir de un adverbio *deũro* con valor lativo que pasó de ser interpretado «¡aquí!» (dirigiéndose, por ejemplo, a un perro) a entenderse como «ven», se creó un pseudoimperativo plural *deũte*.

En la página 146 se dice que ni Spitzer ni Beinhauer dan el valor concesivo de *y eso que*. Otra vez podemos aquí recurrir al griego, y la explicación con ello resulta clara. En dicha lengua, la conjunción y demostrativo neutro plural *kai taũta* sirven para dar al participio concertado el referido valor en frases que traduciríamos literalmente como *caminaba muy de prisa, y eso llevando mucha carga*, de donde se pasa con facilidad a *y eso que llevaba* como paralelo de *aunque llevaba*.

Y, por último, digamos con respecto a la página 149, que yo vengo oyendo desde mi niñez lo de *no saber hacer la o con un canuto*, frase, pues, nada moderna como sugiere el autor, y que *ponerle a uno como un trapo* o *como hoja de perejil* o *como chupa de dómine* tiene un equivalente que responde bastante bien al alemán *schwarz und blau schlagen*, que es *ponerle a uno de oro y azul* (¿alusión a los bordados de los trajes de luces?). Por cierto que, aunque está claro que *ponerle a uno verde* significa *insultar a uno*, jamás *ponerle a uno negro* quiere decir lo mismo, sino *excitar* o *poner nervioso a uno*.

En fin, no cabe duda de que éste es un magnífico libro que incita a pensar. Un mérito más de esta obra ejemplar de un filólogo de verdadera altura.

19. ARUTIÓNOVA, N. T.: *Voprosi iazikoznaniya* [Moscú], 4/1969, págs. 130-134 (en ruso; las reproducimos en español, versión realizada probablemente por Juan José Gómez —véase la pág. 146, nota, en la tercera edición del libro que nos ocupa—, gracias a la amabilidad de E. Lorenzo, que me ha facilitado una fotocopia):

Hasta hace poco no existía en España un «servicio de la lengua» bien organizado y que funcionara con regularidad, que diaria y cuidadosamente

comprobara su pulso, registrando todas las irregularidades de la lengua hablada, captando los primeros síntomas de futuros cambios. La Academia Española de la Lengua consideró siempre su misión principal el cuidado de las normas literarias, la creación de numerosos filtros y obstáculos que impidieran la penetración en los diccionarios y gramáticas de la Academia de peculiaridades del uso hablado que no hubieran sido previamente aprobadas por las autoridades de la lengua. Estas «impurezas» quedaron, durante mucho tiempo, fuera de la atención de los lingüistas. En los últimos años ha cambiado visiblemente la situación. Se organizó la Oficina Internacional de Información y Observación del Español, OFINES, con sede en Madrid. OFINES elaboró un amplio programa de investigación de la lengua hablada por los habitantes de grandes ciudades de España y de la América hispanohablante. Este programa ya se lleva a la práctica. Desde 1966, y creada por OFINES, funciona en Madrid la Escuela de Investigación Lingüística, encaminada a elevar el nivel técnico de los hispanistas (incluidos los extranjeros) y a prepararlos para la investigación del español. Los más prestigiosos hispanistas (Dámaso Alonso, R. Lapesa, M. Alvar, E. Alarcos Llorach, E. Coseriu, M. Criado de Val, J. P. Rona y otros) dan conferencias y dirigen seminarios en esta escuela. El programa de la escuela está previsto para año y medio y orientado, a diferencia de los programas universitarios, hacia el estudio de la lengua hablada. Desde 1965 OFINES edita el boletín *Español Actual*. Este boletín se dedica especialmente a publicar materiales sobre la lengua actual en la prensa, radio, televisión, anuncios, en la conversación en España y otros países hispanohablantes, materiales relacionados con problemas de terminología, etc., así como toda clase de información relacionada con la hispanística.

Es obvio que mucho antes de la fundación de OFINES se realizaban estudios sobre el español hablado, pero estas investigaciones eran esporádicas y no estaban centralizadas. El interés de los hispanistas por la lengua hablada estaba generalmente relacionado con la enseñanza del español a los extranjeros tanto en España como fuera de ella. La aparición del famoso libro que sirve de guía sistemática de la lengua española hablada, obra de la pluma del profesor W. Beinhauer, editado en Alemania en 1929 [1930] y en segunda edición (considerablemente aumentada) en 1958¹, está directamente relacionada con la actividad docente de su autor. El hecho de que en 1963, en la colección Biblioteca Románica Hispánica, se publicara la traducción española del libro del prof. Beinhauer demuestra que este libro no ha perdido su valor y sigue siendo de gran interés. La enseñanza, durante muchos años, del español a extranjeros en España determinó el interés por la lengua actual hablada de otro filólogo hispanista, Emilio Lorenzo. A su libro, *El español de hoy, lengua en ebullición*, dedicamos las siguientes líneas.

El libro de E. Lorenzo reúne 8 estudios que tratan de distintos aspectos de la lengua actual. Algunos de los artículos incluidos fueron publicados anterior-

¹ W. Beinhauer, *Spanische Umgangssprache*, Bonn, 1958 [trad. española de Fernando Huarte Morton: Gredos, Madrid, 1963, ³1978].

mente en diversas revistas especializadas. El método principal que emplea el autor consiste en observar los elementos y hábitos de su propia habla, comparar luego los resultados obtenidos con los testimonios de las obras de teatro contemporáneas, de la prensa, del lenguaje radiofónico, de la televisión, de las grabaciones de diálogos de personas cultas, así como de personas de las capas medias de Madrid. Los materiales recogidos por E. Lorenzo contienen valiosos datos sobre procesos aún latentes que transcurren en el español actual.

El libro de E. Lorenzo tiene una tendencia táctica determinada. El autor trata de atraer la atención de la Academia sobre muchos rasgos del español actual que no están recogidos en las gramáticas de la Academia, las cuales se caracterizan por una secular inmutabilidad de su cuerpo. Por eso E. Lorenzo en sus estudios trata, a la par que de hechos verdaderamente nuevos, de fenómenos ya bastante conocidos.

En el campo de la morfología son las particularidades de la formación de los plurales (págs. 28-32, 48-58) lo que llama la atención de E. Lorenzo. En el español actual se desdibuja paulatinamente la oposición de número de los nombres. Están ampliamente extendidas las construcciones calificativas sin concordancia de [del] tipo *mesas ad hoc, paredes color verde dragón, yeguas pura sangre*; se ha intensificado el empleo del singular en sentido colectivo (cf. *mucho niño, tanta manzana*). La oposición de número se relaja también por el fenómeno opuesto: el uso de la forma del plural para designar un solo objeto (cf. los nombres péyorativos de uso popular *bragazas, frescales, viejales*). El autor también hace referencia a una serie de nombres terminados en *s* que no toman la flexión del plural: *el análisis, el lunes, el sacacorchos*, etc. Todos estos fenómenos resueltos y de muy distinto origen los relaciona el autor con la tendencia general a borrar la oposición morfológica de número en los nombres; y sobre este fondo muchas palabras extranjeras que penetran en el habla española actual permanecen invariables. Cf. *los stand, los Caravelle, esos fox-terrier, fuertes shock nerviosos*.

Otros extranjerismos terminados en consonante, al formar el plural añadiendo la flexión *s* directamente a la consonante final del tema, adquieren una construcción específica impropia del sistema fonético español. Cf. *soviets, clubs, fiords, mujiks*. Existe, sin embargo, una variante de la pronunciación en que se pierde la consonante final del tema y de esta forma surge la posibilidad de una derivación regresiva: *el sovie-los soviés, el accesi-los accesis*. La realización paulatina de este proceso podría devolver al paradigma del número su regularidad. Si la pronunciación de muchos grupos consonánticos (ej. *tests, standards, flirts, girls*) es difícilmente compatible con la base articulatoria de la lengua española, otras agrupaciones consonánticas, sin embargo (*slogans, halls*, por ej.), los españoles las pronuncian con dificultad. En este último caso se afianza sólidamente el nuevo esquema de formación del plural. Cuando la agrupación de consonantes es intolerable para los españoles, éstos prefieren emplear la forma sin flexión, o bien omiten la consonante final del tema, pero no recurren a la flexión *-es*, que es la correspondiente, según la regla, a los plurales de las palabras terminadas en consonante. Como se puede apreciar, los complicados procesos que

sufre la categoría del número implican consecuencias no sólo morfológicas y sintácticas, sino también fonéticas.

E. Lorenzo explica el relajamiento de la oposición de número en relación con el exceso de esta diferenciación en el español. Si en la frase inglesa *all the wild animals that live there* (ej. de Jespersen) aparece sólo un morfema de plural, en la correspondiente española *todos los animales salvajes que viven aquí* tenemos cinco índices de plural. Esta afirmación no es del todo exacta, puesto que la flexión numérica del verbo y adjetivo tiene valor sintáctico de concordancia. Es cierto también, sin embargo, que en el español, como consecuencia de la fijación del orden de las palabras en el grupo determinativo, la concordancia, como medio de expresión de los lazos sintácticos de las palabras, se hace gradualmente superflua, facultativa.

Para mejor comprender los cambios sufridos por la categoría del número en la lengua española, es útil asomarse al destino de este accidente gramatical en otras lenguas románicas. Los procesos que aquí se operan tienen doble tendencia. En los dialectos del sur de España, la pérdida de la flexión de plural, consecuencia de determinadas leyes fonéticas, encontró su solución fonológica en una modificación de la vocal precedente según su apertura. Aparecieron nuevos fonemas (las vocales abiertas *a, e, o*), estrechamente relacionados con determinados valores gramaticales². Se compensó la pérdida de la flexión y se mantuvo la diferenciación por el número en la forma morfológica de la palabra. Permaneció estable el sistema gramatical, mas aparecieron alteraciones dentro del sistema fonológico. En el aspecto morfológico se puede hablar solamente de una mayor fusión del tema y la flexión. El material dialectal muestra, en este caso, una mayor estabilidad de la estructura gramatical de la palabra que de su construcción fonética. En rumano la categoría de número recorrió, en su desarrollo, un camino análogo. Un tipo diferente de transformación de la categoría de número se puede observar en la lengua portuguesa hablada en el Brasil. Allí, efectivamente, independientemente de la acción de las leyes fonéticas, se observa una tendencia a la pérdida de la flexión plural y la causa de ello es, seguramente, su exceso funcional. Cf. *Essas minina são endiabrada* (en lugar de *Essas mínimas são endiabradas*), *Os home tá í* (por *Os homens estão aí*). En los ejemplos citados, la flexión del plural se conserva sólo en los determinativos del nombre (*essas, os*). Como si la flexión se sacara fuera del paréntesis de la construcción sintáctica, minando de esta forma su «sinharmonismo gramatical». Por analogía con las construcciones citadas surgen también construcciones en las que el índice de plural se une a los pronombres sin flexión. Cf. *Quis moleque indemiado* (por *Que moleques endemoniados*)³. Aunque en la lengua portuguesa hablada por los brasileños hay una tendencia a la pérdida de la *s* final en el singular de los nombres, primeramente tienen lugar los cambios gramaticales y en segundo lugar los cambios fonéticos que se apoyan en la analogía

² T. Navarro Tomás, «Dédoulement de phonème[s] dans le dialecte andalou», *TCLP*, 8, 1939, págs. 184-186.

³ Véase P. Vázquez Cuesta, M. A. Mendes da Luz, *Gramática portuguesa*, Gredos, Madrid, 1961, págs. 89-90.

gramatical. La categoría de número sale del terreno del nombre y deja de ser, poco a poco, una categoría propiamente morfológica.

En español, en los cambios de la categoría del número, influyen diferentes tendencias. Entre ellas prevalecen las que apuntan a los cambios gramaticales. Aunque la oposición de número se mantiene bastante firmemente en los nombres donde tiene valor de referencia relativo, es menos firme en los nombres que tienen una función determinativa. En este artículo de E. Lorenzo podría haberse revelado con más precisión el sentido gramatical de los cambios concernientes a la categoría del número en la lengua española actual.

Otra particularidad morfológica advertida por el autor (págs. 58-61) consiste en un debilitamiento del contraste entre las *-a/-o* finales que expresan la oposición de género en los nombres. En el español actual aparecen cada vez más nombres terminados en *-o* de género femenino. Cf. *la dinamo, la magneto, la moto, la virago, la contralto, la modelo, la libido, la foto, la Nato*. Se puede fácilmente apreciar que las palabras que se han citado no son iguales por su valor semántico ni por su origen. Se pueden encontrar entre ellas formas truncadas, palabras en que está elíptico el nombre en que se apoyan («básicos»), abreviaciones, nombres de profesión que han perdido el paradigma de género y nombres comunes de cosas que sirven para referirse a personas. La difusión de nombres femeninos terminados en *-o* se apoya en un precedente que ya existía hace tiempo: en el español se han arraigado firmemente muchos nombres de mujer determinados en *-o* formados como resultado del desprendimiento del nombre básico *María*. Estos nombres en el uso popular van precedidos del artículo. Cf. *la Rosario, la Rocío, la Sagrario, la Amparo, la Consuelo*. Se emplean en español también nombres abreviados terminados en *-o* que son resultado de una mutilación de la palabra. Cf. *la Dolo(res), la Filo(mena), la Leo(narda), la Patro(cinia)*⁴.

El autor dedica un artículo especial a la irrupción de anglicismos en la lengua española. La influencia de la lengua inglesa se extiende a casi todos los aspectos de la lengua española. Es sobre todo amplia esta influencia en el campo de léxico. Se manifiesta en préstamos puros (*test, confort, cocktail, hobby, etc.*), cambios semánticos, cambios del significado propio de las palabras españolas (cf. *planta* por *fábrica*, *simpatía* por *compasión*, *actualmente* en el sentido de *en realidad*, *proponer* por *declararse*), en calcos del inglés (cf. el empleo de *déjame solo*, calco del inglés *leave me alone*, por *déjame en paz*) y en la frecuencia con que se emplean algunas palabras y expresiones. Así, por la influencia del *please* inglés se extiende e intensifica la expresión *por favor*[,] que antes se usaba menos; y el autor supone que el doblaje de películas parece haber sido decisivo en ello. En muchas lenguas europeas, la fórmula de cortesía empieza por una consonante labial (cf. *bitte* en alemán, *please* en inglés, *prego* en italiano). El equivalente de estas palabras de más parecida articulación en la lengua española resultó ser

⁴ A. Rosenblat, «Morfología del género en español. Comportamiento de las terminaciones *-o, -a*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVI, 1962, 31-80, es de otra opinión acerca de la expansión de las [falta texto en la fotocopia de que dispongo y no es posible acceder al original].

por favor. Se ha ampliado el campo del sufijo *-al* de los adjetivos (cf. *educacional, emocional*). La influencia del inglés se ha propagado también a la sintaxis. El oído español ya no se rebela contra las oraciones estructuradas según modelo inglés, con gran profusión de formas pasivas y de orden directo sujeto-verbo, que proliferan en la prensa española.

Interesantes datos contiene el artículo dedicado a la expresión del ruego y mandato en el español actual hablado (págs. 84-96). A la par que el modo imperativo propiamente dicho, el autor destaca el uso de la siguiente serie sinonímica: 1) INTERROGACIÓN (*¿Te quieres callar?*); 2) PRESENTE DE INDICATIVO CON PRONOMBRE PERSONAL ANTEPUESTO (*Tú te vas y Ud. se queda*); 3) (A) + INFINITIVO (*Vosotros a trabajar y yo a dormir*) y la variante con el verbo elíptico (*Tú, al trabajo; y yo, a la cama*); 4) PRESENTE DE SUBJUNTIVO, que se usa generalmente en orden reiterada (*¡Cállate, que te calles!*); 5) LA FORMA PROGRESIVA, DE GRAN EXPRESIVIDAD ENFÁTICA (*¡Ya te estás callando!*); 6) la fórmula *IR-GERUNDIO* (*Vete cerrando las puertas*), estructuralmente parecida a la anterior, que puede quedar en gerundio solo (*¡Entrando!*). Además de estas construcciones, que ya han calado firmemente en el uso del español hablado y que, en opinión del autor, deberían figurar en el capítulo dedicado al modo imperativo de cualquier gramática, existen formas facultativas para expresar ruego o mandato. Así, se emplean los *adverbios* que forman expresiones de incitación (*¡Adelante!*, que puede significar, según la situación, «avanza» o «entra»); la fórmula *a ver si* + PRESENTE DE INDICATIVO (*a ver si te callas*, en el sentido de «cállate»); el futuro (*no matarás* en el sentido de «no debes matar», «no mates»), el mandato referido al pasado (*¡haberlo dicho!*, en el sentido de «si lo hubieras dicho antes», «de haberlo dicho antes»), etc. Por lo que se refiere al último ejemplo, el autor ya apunta que sólo tiene poca relación con el imperativo.

Comentando el uso de las construcciones citadas, E. Lorenzo señala la tendencia hacia el desplazamiento del «imperativo directo» por fórmulas indirectas. Es la 2.^a persona plural del imperativo, sobre todo, la que cede sus posiciones al infinitivo (cf. *tocar el timbre* en lugar de *tocad el timbre; no tocar los objetos* por *no toquéis los objetos*) cuando se vacila sobre la forma de dirigirse a alguien.

Tres artículos de este libro tratan especialmente de los problemas del verbo (págs. 97-129, 153-163). El lugar más importante de ellos lo ocupan los comentarios al uso actual de los tiempos y construcciones perifrásticas.

Al referirse al funcionamiento de la paráfrasis verbal, Lorenzo subraya, en particular, que la construcción con el verbo *llevar*, de gran difusión en el español hablado, tiene un valor inclusivo evidentemente definido, frente a las formas perfectivas, indiferentes a este valor (cf. *Pedro lleva aquí dos años y Pedro ha vivido aquí dos años*).

Al tratar de la perífrasis *acabar de* + INFINITIVO, E. Lorenzo hace una sutil observación sobre el valor de su forma negativa: *no acabar de* + INFINITIVO lo correlaciona con la combinación positiva de otra estructura gramatical: *acabar por* + INFINITIVO o *acabar* + GERUNDIO (cf. *acabó por levantarse, acabó levantándose*). Tenemos aquí la misma relación significativa que la que existe entre las formas

positiva y negativa de una misma oración: *Al fin se levantó/ Al fin no se levantó*. Esta combinación de dos paradigmas perifrásticos distintos tiene lugar también en otro caso. En el modo imperativo no se usan las perífrasis *acabar* + GERUNDIO ni *acabar por* + INFINITIVO. En su lugar se emplea la perífrasis *acabar de* + INFINITIVO, que en esta función pierde su valor de pretérito reciente, incompatible con el valor de imperativo. Cf. *Acaba de levantarse por Levántate ya de una vez*.

En relación con esto, se podría hacer la siguiente, y más amplia, observación, referida al desarrollo del sistema gramatical de la lengua española. En el español hablado es muy característico la formación de paradigmas mixtos en que unas determinadas diferencias conceptuales se expresan mediante formas gramaticales pertenecientes a diferentes tipos estructurales. Es bien conocido, por ejemplo, que la forma negativa correspondiente al gerundio la constituye el infinitivo con la preposición *sin*: *haciendo/sin hacer*. Así, diferentes formas no personales del verbo forman un solo paradigma gramatical. Tal supletivismo gramatical se puede observar no sólo en los paradigmas formados por el valor negativo, sino también en otros casos. He aquí un ejemplo: el gerundio español tiene 4 formas, que se diferencian por sus valores de tiempo y voz: *diciendo, habiendo dicho, siendo dicho, habiendo sido dicho*. Sin embargo, las formas compuestas del gerundio prácticamente están desapareciendo del uso. Las vacantes que se producen las ocupa el participio pasivo. El gerundio pasivo *siendo dicho* empieza a ponerse en relación a causa de su valor temporal, no con el gerundio perfecto pasivo *habiendo sido dicho*, sino con el participio *dicho*. Es más: *dicho* (y no *habiendo sido dicho*) entra en relación, por su valor temporal, también con *diciendo*, o sea, no sólo con la forma pasiva, sino también con la forma activa del gerundio. Cf. «*Diciendo estas palabras, se levantó*»/«*Dichas estas palabras, se levantó*». El uso del participio pasivo en lugar del gerundio activo requiere un cambio correspondiente de las relaciones sujeto-verbo, [cambio] que conduce a la sustitución de la construcción mixta de gerundio por un participio absoluto. Que esta sustitución tiene efectivamente lugar se confirma, dicho sea de paso, por el hecho de que las construcciones absolutas se emplean cada vez más ampliamente en casos en que el verdadero ejecutor de la acción expresada en ellas coincide con el sujeto de la oración principal. Cf. *Firmado el convenio, se estrecharon la mano*. La equivalencia funcional del participio y el gerundio activo sólo es posible para verbos transitivos y de movimiento. Así, pues, el ejemplo citado por E. Lorenzo revela la tendencia general de la lengua española al desarrollo del «supletivismo» gramatical, a la formación de paradigmas funcionales distintos de los paradigmas puramente formales.

Otro artículo sobre el verbo contiene una serie de interesantes observaciones y comentarios que se refieren al empleo de los tiempos. El autor señala la tendencia del modo indicativo a penetrar en el terreno de los modos subjuntivo y condicional. Cf. el empleo de frases como *Si sé que estás en cama, no vengo* para expresar una condición irreal en el pasado, así como el empleo del imperfecto y pluscuamperfecto de indicativo con el valor de potencial (cf. *Yo que tú, le mandaba al diablo*). Sería oportuno mostrar aquí que la eliminación de las diferencias modales se compensa con desplazamientos de los valores temporales; en el primer ejemplo, el sentido de irrealidad está relacionado con el

empleo del presente para expresar una acción irreal pasada; y en el segundo ejemplo, la función de potencialidad es consecuencia de un desplazamiento en dirección contraria: el pretérito se usa para expresar una acción potencial en el presente.

E. Lorenzo nos muestra la amplia difusión de las construcciones de infinitivo que desplazan a las formas personales del verbo⁵. Se podría señalar aquí que la expansión de las construcciones de infinitivo, la sustitución por ellas de las oraciones subordinadas, crea en el período sintáctico un único centro de dirección que es el verbo-predicado en la forma personal. Tiene lugar una centralización de la oración. A las fuerzas centrífugas, concentradas en las oraciones subordinadas, se oponen, en la sintaxis española, las activas fuerzas centrípetas, que atraen a los infinitivos hacia el predicado de la principal y que favorecen la consolidación de la oración.

El tercer artículo que trata de los problemas del verbo es un pequeño estudio sobre el desgajamiento del participio y los verbos auxiliares en los tiempos perfectos, [lo] que suele considerarse como una infracción de las normas literarias. El autor de la obra demuestra que en una serie de casos este desgajamiento de la forma analítica es lícito; y en un tipo de oraciones es incluso obligatorio (cf. [*las importaciones*] *se ha [han] más que duplicado*; [*los ingresos*] *han punto menos que separado [superado]*).

Un capítulo especial está dedicado al análisis del material comprendido en dos obras sobre el español hablado: M. Seco, *Diccionario de dudas [y dificultades] de la lengua española* (Madrid [2.^a edición], 1964), y W. Beinhauer, *El español coloquial* (Madrid, 1963). No nos detenemos aquí en este capítulo, que comprende una serie de enmiendas y adiciones de E. Lorenzo a las obras reseñadas.

El libro de E. Lorenzo, cuyo contenido ha sido expuesto muy sumariamente, muestra el gran espíritu de observación del autor, su gran intuición lingüística. Se observa, sin embargo, en algunos casos, una falta de sistema en la elaboración del material que estudia; no siempre relaciona y sistematiza las numerosas observaciones e indicaciones que hace a lo largo de la obra. También llama la atención la mayor abundancia de explicaciones y valoraciones de tipo psicológico sobre las interpretaciones gramaticales propiamente dichas (v. págs. 35, 124). Lo dicho, sin embargo, no cambia la magnífica impresión que nos deja este interesante y útil libro de E. Lorenzo.

0-4

Hemos llegado al final de este largo recorrido. Era importante no descoyuntarlo: así puede observarse la línea continua entre unas clases de reseña y otras, especialmente por el orden creciente que, en líneas generales,

⁵ En el artículo de J. Dubsky [Dubskǎ] «El infinitivo en la réplica» (*Español Actual*, 8, 1966, págs. 1-2) podemos encontrar interesantes datos sobre el uso del infinitivo en las réplicas dialogadas.

he intentado crear. Ya tenemos una idea muy completa de lo que significa esta obra. Las próximas entregas (considerablemente más breves) nos servirán para redondear la información de ahora con reseñas, no tan abundantes, a otras ediciones y, sobre todo, para examinar el concepto *lengua en ebullición* y sus conexiones, entre otras, con *estado latente* (Menéndez Pidal).

(continuará)

JOSÉ POLO